**Luciano**

Derechos de autor Sept 17/2012

**INTRODUCCIÓN**

CON hermosas descripciones de la época, de sus personajes y paisajes, Luciano es una novela que cautiva. Se desenvuelve en su mayor parte en Italia, La Toscana, con sus bellos paisajes y colorido característico. Esa tierra hermosa que todos hemos deseado conocer algún día. Aunque catalogada en el género fantasía, recoge hechos verídicos ocurridos en Europa entre los siglos XV y XVI (cuando comienza esta historia), así como algunos de tiempos modernos. La mezcla de esos sucesos con los que al final se desarrollan y que resultan ficción, hacen de Luciano una obra muy interesante. Con acción, pero sin violencia; romántica, sin rayar en lo indecente. Llena de expectación y suspenso. Cada página está escrita con la intención de llevarlo a la próxima con el interés de cautivarlo. La familia principal es de apellido Monticello que pasa de una generación a otra hasta la década que comienza en 1960. La lectura lo mantendrá todo el tiempo a la expectativa de lo que puede suceder. Usted se imaginará diversas conclusiones hasta que llega a la sección final donde se «revela», ―por así decirlo―, lo que realmente estaba sucediendo. Amará a sus personajes, probablemente a uno en particular, y deseará lo mejor para él. Luciano es un nombre que se repite por razones obvias, y lo que ocurre en su conclusión lo hará pensar si acaso pudiera suceder en la vida real. Al paso que va la ciencia... ¿por qué no? Los nombres usados son ficticios.

**CAPÍTULO 1**

TERMINABA el otoño de 1823. Una brisa agradable movía las hojas de los árboles a las afueras de Livorno, Italia, y el recién graduado general Gregorio Monticello iba de regreso a Arezzo (donde vivía con su madre), luego de arreglar algunos asuntos relacionados con las propiedades de su padre quien había muerto ese año. Por el largo camino de terraplén color de barro seco y claro, se levantaba una nube de polvo a medida que el coche halado por dos caballos ganaba distancia hacia el pueblo. A lo lejos se divisaban ya las torres de Florencia. Pero antes harían una parada de descanso, para luego continuar hasta Arezzo.

Se acercaron a una tienda, que era una posada al mismo tiempo. Se detuvieron, y el cochero solicitó la atención para los dos Percherones color café de fuertes patas blancas. Gregorio se sentó a una de las mesas, y pidió vino y un trozo de queso. Luego salió a estirar las piernas, cuando se encontró con una preciosa joven que salía con una bolsa de mandados. La joven llevaba una mantilla de color blanco y negro, de encaje muy fino que le caía sobre los hombros, dejando ver una larga trenza de su cabello que le salía por delante.

―Tienes la gracia de una cierva salvaje y el aroma de un campo de violetas. ¿Cómo te llamas preciosa? (le preguntó el joven general) vestido con su imponente uniforme militar de color azul.

―Me llamo Laura, ―contestó la bella joven con rubor en sus mejillas―. Con seguridad vas a decirme que soy la más bella de las mujeres que has visto en vuestra vida. ¿A que sí? Eso dicen todos.

―No. voy a decirte que eres tan hermosa que no existe otra mujer en el mundo que me guste más que tú, que no es lo mismo, ¿verdad? ¿De dónde eres, preciosa? ¿Eres de aquí, de Florencia?

― No. soy española, de Andalucía, (respondió la joven)―. Para ser más precisa, de la preciosa ciudad de Cádiz. Y usted, *¿de dónde e?*

El joven. Conociendo ahora la procedencia de la muchacha, le comenzó a hablar en español.

― Soy de Arezzo. ¡A que no sabéis dónde está!, afirmó Gregorio sonriendo.

―Pues, a decir verdad, no, no lo sé, contestó la joven con simpática voz y rica sonrisa. Al principio pensé que fuera *usté francé*.

Y era que en esos tiempos, la bahía de Cádiz estaba siendo bombardeada por los franceses por orden de Inglaterra tras la captura de Fernando VII por los revolucionarios liberales. Esto se conocía como la batalla de Trocadero

― No, soy italiano, aprendí el español en la escuela militar. Nací en Arezzo, un municipio en la Toscana, a 75 kilómetros de aquí de Florencia.

―Ah sí, de aquí. Bueno. Disculpe, que tengo que irme, mi madre espera por la compra. Adiós, ―Y se alejó la jovencita de esbelta figura en su vestido crema de mangas largas, ajustado debajo del busto hasta la cintura que caía suavemente cubriéndole hasta los pies.

―Si deseas te llevo en mi coche, ―propuso el joven―, solo que tenemos que esperar a que mis caballos descansen, coman y beban.

― No, *gracia*, muy amable. Que estoy cerca. Adiós.

― Laura, espera ¿Puedo verte mañana?

―No lo sé, a lo *mejó*.

La bella muchacha estaba visiblemente nerviosa, y se volteaba para mirarlo mientras caminaba alejándose. Gregorio se quedó de pie donde estaba. Le dijo adiós con la mano y esperó hasta que Laura se perdiera al entrar por un callejón. La joven vivía con su abuela a quien llamaba mamá, pues su madre había muerto siendo una recién nacida. Su abuela la trajo a vivir con ella a Italia después de haber dejado Andalucía, España, en virtud de una epidemia conocida como el «vómito negro», que azotó Andalucía en 1804 y que alcanzó a Francisco, su abuelo, quien murió el mismo año. Como el pobre se dedicaba a hacer monturas de caballo y alforjas, al morir no les dejó ninguna fortuna. Adela, su abuela, aunque una mujer educada, fue desheredada por su padre al irse con Francisco; ahora lavaba y planchaba para la calle, y con eso se mantenían a duras penas. Laura había aprendido a coser y ya se podía hacer sus propios vestidos y los de su abuela, ayudando así con su pobre peculio.

― ¿Y a ti qué te pasa que viene tan nerviosa y *agitá*? ―preguntó la abuela de Laura mientras pelaba unas papas, sentada en su taburete junto a la rústica mesa de madera de la cocina.

―Nada mamá, que en mi *via* he visto un hombre má guapo que el que acabo de *conocé,* ―dijo Laura. No e muy alto, pero tiene un salero, que, *vamo*… me ha *dejao alborotá*. Es un militar…

―¡Ay hija!, como dijera Shakespeare: «El amor no mira con los ojos, sino con el espíritu». Me recuerdas los días de mi juventud, cuando conocí a tu abuelo, Francisco. Era guapo, de tez morena y pelo negro. Sus ojos, tan negros como su pelo resaltaban debajo de sus copiosas cejas. También era militar. Mi corazón no se pudo resistí. Lo conocí en una verbena, desde ese día nos estuvimos viendo hasta que, bueno, fuimos muy felices.

― Hasta ¿qué?, abuela? Dime.

―Hasta que una noche nos fuimos juntos, hija, no te lo voy a *negá.* Él me amaba tanto como yo a é.

― ¡Ay abuela!, ¿lo extrañas mucho?

― ¡Cómo no lo voy a *extrañá*! Fue para mí el mundo entero. Solo tenerte a ti ha *compensao* su pérdida. Pero mucho ojo, hija, y no lo debes dar todo. A veces las apariencias engañan. ¿Me comprendes?

Laura estaba cerca de su abuela y le dio un abrazo, y así se quedaron juntas un buen rato. La muchacha sentía el corazón de su abuela palpitar con fuerza.

Pasó un día, Laura volvió a la tienda a comprar algunas cosas. La tarde caía. Ella suspiraba, «*si lo volviera a ve*». Cuando se dirigía a casa, cuando menos lo esperaba, una voz, esa voz, la hizo detenerse y el corazón le saltó de alegría.

―¡Laura, Laura!, No sabes cuánto he deseado encontrarte ―dijo Gregorio, vestido ahora de civil, con una boina, un pantalón blanco ajustado hasta la rodilla y camisa verde claro con su chaqueta ajustada, de estampados muy pequeños. Llevaba las mangas hasta el codo dejando ver sus fuertes y velludos brazos. Laura le sonrió de contenta, y conversaron un rato mientras ella caminaba despacio para que no se le acabara el tiempo. Él quiso que la acompañara a su casa, para que su madre conociera la belleza que había encontrado. Laura era una joven alegre, blanca, de pelo castaño oscuro y ojos color café de largas pestañas.

―Te traigo de regreso hoy mismo, te lo prometo, ―dijo él con evidente insistencia―. Es que le he hablado a mi madre de ti, ya ves cómo me has impresionado.

―No, no puedo, ¿cómo habría yo de hacer una locura como esa? Mi madre sabe que solo me demoro unos minutos. No, lo siento.

Ella solo lo miraba con sus grandes ojos. Pensaba tantas cosas. Deseos le daban de aceptar, pero no. Para ella él era un desconocido. No obstante, esto no desanimó al joven quien la miró con deseos de atraerla hacia él para darle un beso. Ella comprendió sus intenciones, pero ella también contuvo sus emociones. Al instante Gregorio elaboró una invitación diferente, esta puso a Laura ante una difícil alternativa: «¿Qué tal si te llevo a tu casa… para que tu madre me conozca, entonces la próxima vez te llevo a conocer la mía?». Ella lo miró y le dio lástima la insistencia del joven que ardía de reales deseos por retener a la muchacha. Laura accedió.

Subió al coche ayudada por el gentil galán, quien le sostuvo la mano donde depositó un beso. Ella llevaba el corazón inquieto y calor en sus venas. Miraba al apuesto joven, solo lo separaba de ella el espacio para poner su mano en el asiento que compartían los dos. ¡Tan cerca! La joven sentía su aliento y ese olor íntimo que emanaba de su piel. Ella llevaba puesto un sombrerito de tela cuya ala ondulada alrededor de la copa le daban la apariencia de una inocente muñeca. Su vestido largo, sencillo, le cubría su pecho hasta el cuello. Los brazos iban descubiertos. Las mangas aglobadas, le cubrían los hombros. Laura se retorcía las manos sin hablar. Gregorio le decía que se quería casar con ella, que iba a ser muy feliz. Ella lo miraba haciendo gestos graciosos o se ponía la mano en la cabeza. Él la contemplaba con una mirada que le hacía hervir la sangre a la joven.

Luego de algunos minutos en el coche, que, a petición del general, el cochero conducía muy despacio, llegaron a su casa y Laura lo introdujo a su abuela quien se puso feliz cuando supo que su nieta había conocido a un hombre que la quería y que tenía intenciones de casarse con ella enseguida. Además, como se notaba que era de buena posición, Laura no tendría el mismo futuro que ella. Tomaron té, y hablaron de los proyectos que él tenía, de su madre y al final de los preparativos para la boda. Laura se sentía la mujer más dichosa del mundo.

\*\*\*

Las visitas de Gregorio a la muchacha se realizaron ahora formalmente. La madre del galán estuvo encantada con la joven española, con aquel espíritu alegre y tan jovial. Ahora, ya no solo pasaban el tiempo conversando; una tarde salieron de paseo. Gregorio la llevó a un sitio romántico, rodeado de árboles y allí le robó un beso a la bella joven. El primer beso de amor que recibían sus labios. Fue un beso sublime y fugaz, pero que le tocó el corazón. Estaban junto al río, bordeado de la vegetación; el canto de los pájaros los arrullaba. Gregorio le había regalado un ramo de violetas, porque, según él, ella olía a violetas y quiso llevar sus deseos hasta su límite, pero ella lo contuvo. «Hasta que nos *casemo* Gregorio, hasta que nos *casemo*». Se acordó de las palabras de su abuela.

**CAPÍTULO 2**

EL CARRUAJE tirado por los dos enérgicos caballos Percherones color café, se dirigía hacia la ciudad de Arezzo, en esa pintoresca provincia del mismo nombre de la región de la Toscana del norte de Italia, cerca del monasterio de San Marco. El polvo iba quedando atrás a medida que avanzaba. En el interior del coche el general Gregorio Monticello y su ahora esposa Laura Bernal Monticello, conversaban animadamente. El viaje era una sorpresa del general para ella.

En Olivos Verdes, se disponían a demoler un castillo que había estado desocupado por más de 200 años, y que se encontraba en los extensos terrenos de olivos, propiedad de la familia Monticello. El legendario castillo había sido parcialmente destruido por fuego en uno de los brutales y bestiales ataques de la religión católica contra los cristianos disidentes. Hechos ocurridos al norte de Italia entre los siglos XV y XVI. Pero ahora uno de los herederos, el general Gregorio Monticello, pretendía construir en su lugar una mansión. Él sabía apreciar la arquitectura de aquel tiempo, y por esa razón quería conservar algunas partes de la legendaria construcción como parte del nuevo proyecto. Pero esto no lo había compartido con Laura, su bella esposa.

―Creo que os voy a sorprender, ―dijo Laura con una sonrisa―, ya sé de qué se trata la sorpresa: has comprado un terreno donde vais a construir nuestra casa, ¿a que sí? ―Trataba de adivinar la joven de cabellos castaños rizados. Se había quitado su hermoso sombrero de plumas. La fricción de la tela de su amplio vestido resonaba en la pequeña cabina del coche.

―Frío, frío, ―le respondió Gregorio, con su elegante chaqueta oscura ajustada a la cintura que había desabotonado dejando ver su blanca camisa de cuello alto―. Por mucho que intentes no podrás adivinar.

― Bueno, ya no debemos estar muy lejos ¿verdad? ―preguntó ella con la espontánea impaciencia de la juventud―. Llevamos cerca de una hora de viaje. No seáis malo, decidme ya.

― Sí, creo que ya es tiempo, estamos a más o menos media hora, ―respondió el general echado hacia atrás en el asiento, pasando la mano por el sedoso cabello de su querida esposa mientras la miraba y se sonreía―. Un castillo, se trata de un castillo. Está en una zona alta, ya te darás cuenta cuando estemos cerca.

― ¡Un castillo! ―exclamó Laura―. Y ¿quién vive en él?

―Nadie, ha estado vacío por 200 años, ―contestó Gregorio mirándola fijamente con una sonrisa.

―Pero, es que ahora os entiendo menos. La sorpresa es un castillo, vacío. ¿Qué de sorprendente tiene eso Gregorio? ―Preguntó ella con una graciosa mirada incierta.

― ¿No me habías dicho que tus sueños eran ver un castillo, de cerca? ―dijo Gregorio irónicamente.

―Sí, pero, no vacío, yo me refería, con el lujo, la gente, las costumbres, los jardines, en fin. Pero no un castillo vacío. ―La joven enfatizó la palabra vacío―. Pues ya no es tan agradable la sorpresa Gregorio, perdóname.

―No se trata de eso solamente amor, hay algo más, ―le dijo él, ahora tomándole las manos.

― ¿Como qué?, a ver, ¿vais a decidme? ―y la bella joven se le echó encima. +

―Solo espera un poco. Cuando estemos cerca, y veas el castillo, entonces te digo el resto.

― Está bien, ahora sí que vuelvo estar ansiosa por llegar.

Laura contemplaba el paisaje disfrutando la brisa tibia que pasaba por la ventana. El día era claro y despejado. De vez en cuando atravesaban zonas pobladas, otras eran bosques hermosos, pero la mayoría del viaje se hizo atravesando campos sembrados de tulipanes, especias aromáticas y de trigo.

―Nunca estuve antes en el interior de un castillo a pesar de haber vivido todos estos años en un país donde abundan tanto, ¿vamos a entrar, ¿verdad?

―Sí, sí, claro, tenemos que entrar, ―contestó Gregorio, dándole un beso a aquellos irresistibles tiernos labios―. Tal vez este no sea tan lujoso ni extraordinario como algunos castillos franceses o españoles, pero creo que no es muy corriente su estilo.

―Sin embargo, no me habéis dicho si este está en ruinas… ―Bueno, no está en sí en ruinas, solo tiene las huellas de las llamas que lo destruyeron parcialmente hace mucho tiempo. Cuando lo vi hasta yo me impresioné un poco, ―añadió Gregorio―, creo que lo vas a disfrutar, especialmente porque…

― Porque ¿qué, Gregorio? Decidme ya, anda, ―respondió Laura cambiándose de asiento y sentándose frente a su esposo.

Llegaron a Olivos Verdes, y por fin, allá, más arriba, divisaron el castillo. El camino había estado subiendo gradualmente por la colina poblada de arbustos y cipreses. El coche fue tomando la avenida que lo circundaba. Ahora Laura estaba maravillada al contemplarlo desde la ventana. Allá, a solo medio kilómetro aproximadamente, se alzaban las cuatro torres del Castillo de los Olivos. La esfera grande de su reloj y el campanario en una de las torres, fascinaron a Laura. Al llegar, los caballos resoplaron. Un numeroso grupo de hombres escuchaban las instrucciones de un capataz cerca de la legendaria estructura. Gregorio ayudó a la preciosa joven a bajar del carruaje. Hacía un poco de sol, por eso Laura llevaba su pequeña sombrilla de tela blanca que ahora abrió. Un hombre con unos planos enrollados se acercó a Gregorio, y se dieron un saludo. Laura fue introducida.

―Ya están indicándole a los obreros por donde comenzar, ―dijo el arquitecto a Gregorio―, vayamos allá para que me indiques de nuevo la porción, o las porciones, que quieres conservar… para estar seguro.

Laura miró a su amado de manera insinuante. ― Un momento Leonardo, ―interrumpió Gregorio al arquitecto.

Gregorio tomó a su querida esposa por la cintura mientras le contaba los planes que tenía. Sí, el castillo sería parte de la mansión donde vivirían. Laura no podía creerlo. «Pero, ¿por qué demolerlo, por qué no dejarlo como está?», dijo la joven con inquietud.

―No, amor mío, hay partes que están inhabitables, es por eso. Vamos querida ―le pidió el general a su amada, asiéndole su mano y siguiendo a Leonardo el arquitecto.

Los tres se acercaron a los gruesos muros del frente del castillo que, aunque vacío y abandonado, aún exhibía su elegante e imponente pasado. Su estructura mostraba dos torres al frente, una hacia el oeste, con un campanario y un reloj exterior. La otra, más pequeña, al este, que se demolería con las otras dos que estaban atrás. Las ventanas no tenían sus marcos, ni existían las puertas tampoco. Aun así, Laura no salía de su asombro y emoción. Entraron al salón principal. La luz del sol se calaba por los huecos de las ventanas y las puertas.

―Esta parte, ―señaló Gregorio―, desde esta pared hasta la esquina, hasta allá con la torre. Quiero que conserven intacta esta porción, incluyendo el patio interior, o sea los jardines. Mi esposa desea conservarlos. Déjame ver el plano de la mansión. ¿Ves? Quiero que la mansión quede pegada a esta parte, con la torre del campanario y el reloj. Antes de comenzar a demolerla revisen todas las torres. Si encuentran algo, hay que sacarlo, pudiera ser de gran valor.

El arquitecto miró las gruesas paredes y examinó todo el conjunto para cerciorarse de que se podía derribar el resto sin que se dañara mucho la estructura de lo que quedaría, y envió a un obrero a revisar las torres. Gregorio se había alejado con el plano en sus manos y observaba de lejos. Cuando el arquitecto se acercó, le señaló una variante: Entre las partes a preservar se encontraban dos columnas de mármol gris a la entrada del pórtico. Sin embargo para Gregorio eso no era suficiente, él deseaba conservar más, Laura lo animaba a conservar porciones completas del castillo.

La demolición comenzaría estando ellos presentes. Pero antes de comenzar a echar abajo la parte donde estaba la torre más pequeña, uno de los obreros encontró una mesa de mármol en el tercer piso. Cuando trató de moverla se dio cuenta de que era muy pesada. En el intento, esta se deslizó por un pequeño declive del piso. El obrero, muy nervioso, la aguantó, pero notó que los adoquines del piso donde la mesa descansaba, sobresalieron de la superficie. El hombre, al notar esto, se acercó a los ladrillos y comprobó que estaban sueltos, y al levantarlos descubrió una cavidad cuadrada ocupada por una caja de metal de aproximadamente dos pies de ancho, un poco profunda. La caja tenía una tapa de cobre con un cierre. Los adoquines eran rojos y formaban un diseño debajo de la pesada mesa de mármol azul. El obrero llamó al arquitecto, quien se comunicó con Gregorio de inmediato. Laura recibió la caja en cuyo interior encontró un aro de bordar; una bandera blanca bordada con un nombre: Luciano; un diario con cubierta de cuero escrito en latín; una Biblia; un libro titulado Le Livre des Martyrs, escrito en francés, y además, una valiosa joya: un camafeo de esmeralda de forma ovalada y rodeado de diamantes. La joya estaba montada en oro, y tenía una inscripción en la parte de atrás. Este hallazgo sorprendió mucho a la joven pareja quienes lo guardaron cuidadosamente.

Laura quiso subir a la habitación; ahora estaba más que impresionada con el castillo. Atravesó el atrio y caminó por el salón. De allí se fue a la escalera que conducía arriba, a la mencionada torre. Allí también estaba un pasillo que bajaba al sótano. Aún se apreciaban las huellas del tizne del fuego en los poros de las paredes, y Laura se maravillaba de ver unas pequeñas conchas hechas en piedra en ciertos puntos que sirvieron en su tiempo de lámparas de luces indirectas, pues ocultaba sus llamas en el interior. Subió con cuidado la escalera un poco estrecha. En el segundo piso había una habitación con una ventana grande que daba al frente y una puerta que se comunicaba con un balcón interior que daba hacia los jardines. En el tercer piso halló un saloncito iluminado con los huecos de lo que fueron tres ventanas más pequeñas y un balcón. Allí se encontraba la mesa de mármol azul celeste de solo dos patas que terminaban como si fueran dos garras de un ave, asiendo sendas bolas de mármol. Laura pensó en los tiempos pasados cuando la mesa había sido puesta en el pequeño salón y pensó en sus ocupantes. El piso era todo de adoquines pequeños de color rojo muy pulidos. El interior de la torre era como de diez pies cuadrados. Subió hasta el último nivel... el final de la torre y observó el entero castillo. Bajó, y se fue a la torre más alta, la del campanario. El pasadizo era claro gracias a las pequeñas abertura en la pared. Subió hasta el almenaje con la antigua campana en el centro más arriba. Desde allí contempló el inmenso paisaje rodeado de cipreses y los olivos verdes que se extendían por muchos kilómetros... más allá, las montañas. Al darse la vuelta también contempló el cementerio de los Monticello del que le había hablado su esposo, que quedaba al este del castillo rodeado de una tupida arboleda, y alcanzó ver la fuente de un ángel en lo que venía siendo el centro del silencioso y extenso campo. De regreso le pidió a su esposo conservar ambas torres.

La singular mansión ―con su castillo intercalado― fue terminada en poco más de un año, y fue admirada por todos por su originalidad. Alrededor, un muro grueso no muy alto con cipreses intercalados en tramos de dos metros enmarcaba el jardín. En el centro colocaron una nueva estatua que representaba una mujer llevando un cántaro en el hombro. La estatua original había sido derribada. Un jardinero diseñó el jardín al gusto de Laura con las flores que a ella le gustaban: amapolas, gardenias, girasoles y, por supuesto, rosas, una bella variedad. La entrada al jardín era a través de una hermosa reja de hierro con incrustaciones de una flor de cinco pétalos. Más tarde comenzó la decoración interior en la que tuvieron en cuenta la influencia de los tiempos, y como es de suponer, de España. Una de las curiosidades de la mansión fue la habitación del tercer piso de la torre, aquella habitación tan clara donde estaba la mesa y desde donde se apreciaban los campos de olivos con el fondo de las montañas lejanas. Ellos lo llamaron «el saloncito de la torre». Allí colocaron la caja y el resto del hallazgo con excepción del camafeo que fue a parar al joyero de la recién casada. Además, el jardín interior, Laura quiso que lo modificaran al estilo de La Alhambra… con columnas, arcos y una fuente al centro que, aunque no era una copia de la fuente del «Patio de los Leones», realmente fue una obra de arte. Las porciones que pertenecieron al castillo, se conservaron con sus texturas originales, solo mejoradas en algunas partes. El color ocre de esas paredes rústicas hacía un contraste decorativo muy interesante con las nuevas paredes lisas de colores modernos y amplios espacios. En el comedor instalaron una lámpara con cien luces de cristal de Murano, comprada en Venecia. Los muebles eran una mezcla del estilo Luis XV con los contemporáneos. Aunque Laura estaba enfrascada con la decoración, tuvieron que hacer un viaje a Roma por asuntos relacionados con el negocio. Laura estaba muy deseosa ya de estar de vuelta para continuar con su trabajo de decoración y disfrutar de su «palacio», como ella lo llamaba. El viaje les tomó muchas horas haciendo paradas en distintos pueblos y ciudades, como Tivoli, L´Aquila, Perugia, etc. De cada lugar Laura colectó un recuerdo.

Para comenzar la explotación de Olivos Verdes, el general ordenó la siembra de 1,000 arbolitos de olivo en los extensos campos que hasta esos momentos habían sido arrendados por diferentes negociantes. De ahora en lo adelante, él mismo se encargaría de su producción.

**CAPÍTULO 3**

CORRÍA ahora el año 1825. Esa zona de Italia era gobernada por Austria. Había espíritu de nacionalismo y muchas esperanzas de una alianza con Francia para declarar la guerra a Austria. El joven general, un poco excitado por los acontecimientos europeos, celebraba con Laura su esposa, amigos y parientes en la ya terminada mansión Olivos Verdes, cuyo nombre obedecía a la ubicación en el elevado campo de olivos en las cercanías de Arezzo. El diseño, ―como lo vislumbró Gregorio―, cautivó a los invitados. No obstante, el motivo de la celebración era más que la mansión, se trataba del nacimiento de su primer hijo, al que llamó Luciano, como aquel nombre que estaba bordado en la bandera encontrada en el cofre del castillo. El niño nacía en el seno de la opulencia y de un hogar donde además de la abundancia, también reinaba el amor y la generosidad. La ocasión proporcionaba regocijo a los presentes, pero para Gregorio era un acontecimiento muy especial, se trataba del heredero, quien seguiría el linaje de la familia Monticello, su orgullo y honra. Laura, su esposa, a pesar de haber tenido un laborioso y doloroso parto, se sentía feliz con la frágil criaturita a la que amamantaba con ternura entre sus brazos. La reunión era tranquila; todos comían y platicaban con cortesía, como era usual de personas de clase y cultura. Una bella joven complacía a un grupo, ejecutando al piano melodiosos matices románticos. Las mujeres que escuchaban con atención, lucían elegantes vestidos largos de diversos diseños y colores. Algunas batían sus abanicos más que por calor, por monería. Todas tenían bien peinados sus cabellos, y llevaban hermosos y grandes sombreros, algunos con ostentosos plumajes. Los jóvenes, de pie cerca de su pareja, armonizaban a la perfección con sus elegantes chaquetas de colores claros de telas brocadas, solapas anchas y ajustadas con botones a la cintura, exhibiendo sus blancas camisas y pañuelos rizados a modo de corbata cubriéndoles el cuello. Pasaron varios meses, y la recién nacida criatura se desarrollaba fuerte y saludable. Había llegado a ser el centro de atención de la entera familia. De hecho, los vínculos familiares se habían estrechado a sazón de la llegada de Luciano. Venían a menudo a traerle regalos, y la alegría de todos era contagiosa. Luciano prometía ser un niño inteligente a juzgar por sus expresiones; todo lo miraba y sonreía a los que ya conocía. Laura, su madre, estaba feliz, y lo sacaba a tomar el sol en las mañanas por los amplios jardines para que, además, respirara el aire puro. Pero su lugar favorito era el patio interior que ella deseó conservar. Una tarde, Gregorio contrató un artista francés para hacerle una pintura al niño en los brazos de su madre.

―Monsieur, la pintura quedaría exquisita afuera, con la casa al fondo, ça vous plait? ―sugirió el delicado joven pintor. ― Sí, y que se vean los olivos también, ―contestó Gregorio, quien estaba orgulloso de su propiedad. Para él los olivos eran parte inseparable de su vida, así como lo fue para sus antepasados, cientos de años atrás. ― Mais si, Monsieur, ―respondió el pintor. El delgado artista tomó nota de la sugerencia, y comenzó a preparar las condiciones. Sacó una cómoda butaca de las del salón y la colocó en el jardín, unas cuantas yardas frente a la mansión donde tenía su caballete de madera y una mesita plegable con sus pinturas y pinceles. Se cercioró de que algún olivo quedara en el ángulo escogido. Una vez acomodado todo, Gregorio mandó llamar a su querida esposa. Como la criatura no podía posar largo tiempo, el artista comenzó pintando a Laura y tomó solo las dimensiones donde luego colocaría a Luciano entre sus brazos. Laura posó por una media hora la primera vez. El niño posó solo por unos minutos para que el pintor tomara las proporciones e hiciera el boceto de la composición. La tarde era clara, el cielo estaba engalanado de abundantes cúmulos que casi ni se movían. El sol radiante acentuaba los colores de las flores y el verdor del campo. A lo lejos, detrás de la hermosa mansión, se divisaban, ―como detrás de una fina neblina, ― las montañas lejanas, los Apeninos. El artista se movía haciendo gestos exagerados mientras miraba el paisaje y daba unas pinceladas. Comenzó con el rostro joven y delicado de Laura, con su dulce mirada inclinada hacia su bebé. Captó una leve sonrisa de ella y le añadió un velo suave de color rosa viejo sobre su cabeza, logrando obtener la tierna apariencia de una Madonna. El artista tuvo el cuidado de incluir la valiosa joya que Laura llevaba: el camafeo de esmeralda y diamantes hallado en la torre del castillo. En unos cuantos días la obra se dio por terminada. El inmenso cuadro causó sensación. El artista supo plasmar la serena tarde, con el majestuoso paisaje de las montañas a lo lejos; algunos olivos y, frente a la preciosa y singular mansión, Laura, sentada con Luciano entre sus brazos. El cuadro fue enmarcado en oro, realzando hermosamente el conjunto, y por orden de Laura fue colocado en la pared cerca de la amplia escalera, entre las dos columnas rescatadas del castillo. Desde esa posición era fácil de apreciar por todos. Cuando el niño creciera tendría un precioso recuerdo de su infancia en los brazos de su querida madre. Gregorio mostraba la pintura a todos con gran orgullo. Realmente el pintor hizo una obra maestra, muy natural. Quedaron tan complacidos que hicieron volver al pintor para que ahora pintara al matrimonio con el niño entre ellos. Seleccionaron una esquina dentro de la casa, cerca del piano; Gregorio posó en su impresionante uniforme militar de pie al lado de Laura que vestía de blanco, sentada con Luciano sobre sus piernas, que llevaba un precioso trajecito azul cielo. Esta otra pintura se exhibió en una alta pared del salón de té, cerca de la entrada que va a la torre. Su tamaño, de medida natural, impresionaba a todos los que lo contemplaban. Pasaron unos meses, Luciano crecía y su belleza cautivaba a todos. Tenía expresivos ojos negros y unos bien formados labios rosados. Por la esmerada atención que todos le dispensaban, no cabía duda de que el niño era un importante personaje de los Monticello. Pero un día, la felicidad se tornó en tragedia; el niño, ―futuro heredero de los Monticello― enfermó a causa de una epidemia que plagó la zona, y a pesar de los esfuerzos de la medicina de aquellos tiempos, murió. La entera familia quedó devastada. El funeral fue un acontecimiento extremadamente triste, donde hubo mucho llanto e inconsolable clamor. La mansión se llenó de parientes y amigos, todos terriblemente afectados. Laura no tenía consuelo. Por muchos días no probó ningún alimento. Gregorio, por otro lado, estaba sumido en una terrible tristeza. La entera mansión se vistió de luto. No se oyó más en mucho tiempo una risa, ni se escucharon más las notas melodiosas del piano. El duelo alcanzó a los vecinos cercanos. La pequeña caja mortuoria fue colocada en el mausoleo de la familia en los cercanos terrenos de la mansión, en el cementerio que Laura contemplara una vez desde la torre del castillo. Después de varios meses, cuando el general se sintió más calmado de la terrible pérdida, se fue una tarde al saloncito donde guardaban los «tesoros encontrados». Se sentó en una fina butaca de estilo francés tapizada en color oro y se puso a revisar las cosas. Le llamó la atención el libro escrito en latín que habían hallado en el castillo. Lo abrió y se puso a pasar las páginas tratando de entender algo con su poco conocimiento del latín. Pero solo logró reconocer palabras aisladas y aquellas que estaban en italiano. «¿Qué dirá aquí?», se lamentaba de que estuviera escrito en latín. Tomó el libro y se lo llevó a un anciano que vivía cerca de la parroquia del pueblo. El anciano era conocido como traductor de documentos antiguos de lenguas extranjeras. Dejó el preciado libro en manos del anciano con la cuidadosa instrucción: «mucho cuidado, esto es una reliquia de familia que queremos conservar». El anciano, de pelo blanco y anteojos a mitad de la nariz, y ojos verdes muy arrugados, le prometió su esmerado cuidado y que la obra estaría terminada en una semana. El tiempo pasó lento para Gregorio en vista de sus ansias por conocer el contenido del libro, ―que al parecer― tenía algún valor sentimental. Justo al cabo de los siete días, en la tarde, regresó al puesto del traductor con la esperanza de que estuviera terminado el trabajo. Y así fue. Con inquietud hojeó el trabajo que se había convertido en un montón de hojas escritas por ambos lados. ―No hice otra cosa desde que comencé la traducción, ―dijo el anciano con escrutinio en su mirada, ―es tan sorprendente el relato que no pude detenerme hasta terminarlo. ― Pero, ¿es bueno o malo? ―preguntó Gregorio excitado. ― Es una historia espantosa, misteriosa, y dolorosa. Solo eso le voy a decir, ―concluyó el anciano mirándole a los ojos. ― Gracias. ¿Cuánto es el trabajo? Gregorio pagó y se retiró de prisa con su libro y la traducción. El coche salió de inmediato levantando el polvo del camino. Él no esperó llegar para comenzar a hojearlo. El camino estaba soleado y despejado de árboles lo que le permitía ver con claridad en el interior. Después de algún tiempo el coche se detuvo; solamente se escuchó el resoplar de los sofocados caballos. Gregorio saltó hacia afuera, el cochero sacudió las riendas: ¡Arre! Y se marchó por el camino que conduce a los establos. Pronto oscurecería. Detrás de la mansión parecía escucharse un coro... era la fricción de las ramas de los olivos y cipreses movidas por el viento; ellos también parecían gemir. Al abrir la puerta, Gregorio percibió el silencio, un silencio de angustia. También afuera predominaba la calma. La señora que atendía la casa vino despacio a ofrecerle una taza de café al general. ― Llévelo al saloncito de la torre, por favor; allí estaré en unos minutos. ― Está bien, señor. ―contestó la humilde señora, y se retiró. Él se dirigió arriba, a la habitación de Laura. Ella miraba hacia afuera por la amplia ventana que dejaba pasar la brisa de la joven noche. El crepúsculo envolvía al castillo mientras en el cielo se disfrutaba ya de la excelsa lumbrera de la noche con su armonía y quietud. La vida para Laura no tenía sentido después de la muerte de su hijo. ―Amor mío, ¡Qué bueno encontrarte levantada! ―exclamó Gregorio, y le dio un beso estrechándola en sus brazos. Ella no dijo nada, solo le sonrió a medias posando su cabeza en su pecho deseando encontrar algún alivio a su soledad y tristeza. ―Ya tengo la traducción del libro en mi poder, ―dijo él quedamente―, ¿quieres acompañarme al saloncito, y lo leemos juntos allí tomando una taza de café, y disfrutando el paisaje? ―No, no sé qué es lo que deseo en estos momentos, ―dijo Laura con melancolía―, tal vez dé una vuelta por el patio interior de la casa, me entretiene ver las plantas, y sentir el agua correr. Si me animo iré más tarde, ―dijo con tristeza. ― Como tú quieras mi amor, llámame si me necesitas. Pero yo sí estoy deseoso de conocer el pasado. ―Ya lo sé, y yo también, pero… pensándolo bien, prefiero que me lo cuentes tú, cuando regreses a la habitación, ―añadió ella con un poco de desaliento. ― Al parecer es muy impresionante. El anciano usó solo tres palabras para describir su contenido: espantosa, misteriosa y dolorosa. Laura abrió los ojos de sorpresa y meneó la cabeza. ― Está bien, vete a leer, luego me cuentas, ―y dio la espalda. Gregorio subió con su libro, y con la traducción, al acogedor saloncito y comenzó a leer:

Arezzo, Olivos Verdes 16 de mayo de 1560

 «Me sentía tan ilusionada con mi bebé por nacer, que se despertó un deseo que había en mí, hacía mucho tiempo: el de escribir. He descubierto que el hacerlo, me despeja el alma, me alimenta los sentidos y me anima a seguir adelante. Esto último lo voy a necesitar. Al parecer mi criatura tiene un problema. Desde que pensé en escribir he estado impaciente y ansiosa por plasmar las ideas que me venían a la cabeza. Creo que escribir ayudará a mi niña con la paz que hay en mi pecho. Ya he conseguido lo necesario, y estoy en la habitación del tercer piso de la torre que tanto me gusta por su vista maravillosa. Así he de comenzar: »Teníamos listos dos bellos nombres: Arturo Valentino y Lucía Esmeralda. La noche que se me presentó el parto, hubo tormenta. Llovía mucho. Por fin llegó el momento, Tomás estaba a mi lado. Luego de algunos minutos de labor, el llanto del bebé retumbó en el castillo. El anuncio de la comadrona no se hizo esperar: *E´ una ragazza, signora*. Lucía Esmeralda era blanca de ojitos oscuros y muy poquitos cabellos. Era saludable de apariencia. Yo me sentí muy recompensada. Con el tiempo noté que la criaturita lloraba a menudo sin aparente razón, y no se callaba hasta que le daba de mamar dos veces. La irritación le acompañó hasta ser una niña grandecita. Para entonces me asustaba su comportamiento: sacudía la cabeza como queriéndose desprender de una molestia. Yo no comprendía. Dormía, ¡gracias a Dios! Pero lo hacía a intervalos. Sus primeros meses de vida fueron una batalla en la que nos vimos envueltos los tres. Pero las palabras quedan cortas para describir lo que fue nuestra vida cuando Lucía Esmeralda alcanzó los 4 años de edad. »Cuando ya no lograba asimilar, ni comprender el comportamiento de Lucía Esmeralda, Tomás mandó a buscar un médico conocido. Pero no vio nada anormal. Nos recomendó darle cocimientos de hierbas medicinales siendo que era una criaturita. Una noche decidí observarla todo el tiempo... durante el día, o en la noche cuando dormía; cuando jugaba o hacía cualquier actividad. Esto fue lo que descubrí para mi sorpresa: Lucía Esmeralda hablaba sola, preguntaba y se respondía. Yo creí enloquecer. »Una mañana desperté temprano y la estudié de cerca sin que se diera cuenta. Tenía ya cinco añitos. Lucía Esmeralda despertó y comenzó a hablar, pero lo peor no fue eso, sino que ‘otra voz’ le respondió a través de su propia boca, ¡pero era una voz de varón, y ella lo llamaba Luciano! Yo casi me desvanezco. Solo permanecí unos segundos más. Me fui a exhalar un grito que no pude retener. »Las opiniones fueron cada vez más similares. Amigos y parientes comenzaron a calificar el extraño comportamiento de mi niña en nada menos que de un episodio sobrenatural; según ellos, estaba poseída. Yo me resistí a aceptar semejante absurdo. Pero por mucho que intentaba, nada me ayudaba a formarme una idea diferente. Una mañana, en el pueblo escuché los rumores que se estaban fomentando en torno a mi niña Lucía Esmeralda, ‘la loca’, escuché a alguien decir. Le comenté a Tomás que teníamos que tomar medidas inmediatamente debido a las consecuencias que eso podía traernos siendo que la iglesia católica era muy radical, y podían tomar represalias contra nosotros considerándonos herejes. A Tomás se le ocurrió la idea de llevarnos a la niña, o irnos todos definitivamente a casa de mi hermana que vivía en Suiza. Pero teníamos que preparar las condiciones. De manera que ocultamos a Lucía Esmeralda en el sótano en la base de la torre mayor que tiene una puerta secreta que da a otra habitación. La preparamos para la niña y bien claro le explicamos cuáles eran los motivos, para que no fuera a cometer una indiscreción. Una de las lecciones fue que si alguien llegaba al castillo, ella tenía que controlar aquellas inexplicables conversaciones con ella misma. Lucía tenía apariencia de ser una niña sosegada, obediente, y además era muy inteligente. Ella lo entendió todo. »Una noche comprendí, al menos, el porqué la otra voz se llamó Luciano. Una tarde que llamé a Lucía Esmeralda, la respuesta vino procedente de esa voz que me gritó: ¡Lucía no, Lucía no! y rompió a llorar. Deduje que de tanto decir: Lucía no, surgió la forma Luciano, y Luciano se hizo llamar por mi niña. Llegó un momento en que ya yo casi no escuchaba más la voz de mi Lucía, cada vez que contestaba, se trataba de la de Luciano. Pero hablé con ella para que me explicara. Cuando comprendí la razón de ‘la voz’, pudimos hacer un ajuste. Yo tuve que creer en esa otra voz y le pregunté si le gustaría ser llamado Arturo Valentino, que era el nombre que habíamos elegido si nacía un varón. Estuvo de acuerdo. Entonces le hablé como le había hablado a Lucía del peligro de que alguien los escuchara hablando. A pesar de la tierna edad (6 años) Lucía y la misteriosa voz comprendieron; ―dicho sea de paso―, Lucía Esmeralda lo siguió llamando Luciano. Lo que queríamos evitar era que se pusieran a dialogar entre ellos, especialmente en presencia de extraños. Eso sería fatal. Menos mal que tuvimos esa bendita idea, porque pocos días después, una tarde, el sacerdote de la parroquia nos vino a hacer una inusual visita. Yo estaba sola en casa con la niña y la sirvienta. Estaba segura que había escuchado los comentarios en el pueblo. La sirvienta estaba con Lucía en la cocina donde la niña tomaba una merienda. Con discreción le hizo señas a la niña. Yo estaba pidiéndole a Dios que la niña supiera comportarse. Lucía Esmeralda vino hasta donde estaba yo, saludó con una reverencia muy graciosa al sacerdote, este le sonrió, y la niña se fue muy campante a jugar con una muñeca. ¡Qué alivio sentí! »Cuando el visitante me mencionó lo que decían en el pueblo me hice la desentendida y le dije: ‘bueno, usted ha visto a mi niña, ¿le parece que esté endemoniada o algo así?’ Se quedó mirándome sin saber qué responder, y entonces murmuró: ‘No, no, claro que no’. No obstante, me comentó lo de las consecuencias atroces que sufrían las personas que profesaran otra religión o estuvieran poseídos. Me dijo que los feligreses que se sentían ofendidos arremetían contra las personas en nombre de la iglesia. Pero yo sabía que eso no era así, sino que ellos los agitaban con sus mentiras y amenazas. También me dijo que cuando existía una sospecha, hacían un registro, pues se habían dado casos en que habían encontrado hasta una Biblia en poder de algunos profesos, algo que es considerado herejía. El sacerdote se fue, pero para mis adentros pensé: ‘nos tenemos que llevar a la niña’.» Todo me pareció tan absurdo e injusto. Y lo peor era, que SÍ, teníamos la Biblia, y algo más. Pero ahora comprendimos lo severas que eran las consecuencias de caer bajo el peso de la intolerante iglesia católica. No había manera de persuadirlos cuando hallaban a alguien culpable de herejía. La muerte en la hoguera era inevitable. Los preparativos los comenzamos tan pronto como esa misma noche. Tomás y yo escondimos algunas cosas que habíamos adquirido y que eran anatema: ‘El libro de los Mártires’ de Jean Crespín. Un libro que contenía escalofriantes relatos brutales como el de los hombres que fueron hallados culpables de herejía en Meaux, Francia, y condenados a morir quemados en la hoguera. El ‘crimen’ había sido estar reunidos en una casa privada para orar y cantar himnos religiosos. Ese libro no podía caer en manos de ningún sacerdote. Para nosotros habría significado muerte segura. Escondimos también la Biblia que había traído Tomás de contrabando desde Alemania. »Desde entonces hemos vivido con el temor a un registro; y no era para menos. Los informes en el pueblo indicaban que las ejecuciones por herejía estaban a la orden del día y lo hacían en público, frente a todos, para que se atemorizaran. »Intentamos huir a Suiza. Pero no nos habíamos comunicado aún con mi hermana. Por eso, fue lo primero que hice. Le escribí, aunque no exponiéndole a las claras nuestro problema. Supe indicarle que queríamos hacerle una visita, pero que las circunstancias no eran muy favorables. Como no existían medios confiables y rápidos de mandaderos personales, tuve que esperar por algún amigo que me quisiera hacer el favor a través de algún contacto con las postas del correo del rey. Mi carta no salió enseguida. Pero, la envíe privadamente con un militar amigo de Tomás. »Pasaron varias semanas, no recuerdo cuantas, cuando tuvimos la sorpresa de recibir, no una carta, sino, aún mejor, la visita de mi hermana con su hijita de 7 años. Primero nos asustamos, pero luego pensamos que era bueno que notaran a otras personas, incluso otra niña. Mi hermana estaba genuinamente preocupada y atemorizada por nosotros después de recibir la carta, y más aún cuando la puse al corriente de la visita del cura y los sentenciados a la hoguera. Ella tampoco estaba de acuerdo con las inclemencias del catolicismo. Se quedaron unos días, y no sucedió nada anormal. SÍ, salimos juntos, Lucía Esmeralda, (bien aleccionada), Elisa, su primita y nosotros. Nos paseamos por el pueblo. Yo notaba cómo la gente nos miraba, pero no podían señalar nada extraño, Lucía y Elisa se comportaron como dos princesitas. En el castillo, ya habíamos acomodado la nueva habitación de Lucía, ―que compartió con su prima,― con todas las necesidades habituales de una niña normal. Ella tendría todo, pero la reja de hierro donde comenzaba el pasadizo hacia el sótano, se mantendría cerrada en caso de una eventualidad. La recámara del tercer piso (a la cual se podía acceder a través de una puerta secreta), tenía una ventana que daba al sur, desde donde se podía disfrutar una hermosa vista de una parte de Olivos Verdes, y de las montañas. Mi hermana me dio mucho valor y nos ofreció su casa. No obstante, nos advirtió que tuviéramos mucho cuidado con escapar, los caminos no ofrecían seguridad. »Tuvimos que olvidarnos de huir por el momento. La habitación escondida, llegó a ser la habitación permanente de Lucía Esmeralda hasta que lográramos escapar, o cambiaran los tiempos. Le proporcionamos todo lo que una niña de esa edad necesitaba: juguetes, entre los cuales tenía una muñeca, un aro de bordar y, por supuesto, mis abnegados cuidados de madre con amor y ternura. Aprendió a bordar desde pequeña. Cuando alcanzó los 8 años, le suministré la aguja y todo el hilo necesario con una variedad de colores para que ella los usara a su antojo. De vez en cuando le llevaba algún patrón de algo bonito para bordar. Debí haber mencionado antes, que Lucía aprendió a leer a la edad de cinco años. Tuvo también una enorme cantidad de libros a su disposición en una pequeña biblioteca que llegó a ser su salón de estudio. Le enseñamos aritmética, historia, arte, música y modales de etiqueta. Como poseía el hábito de la lectura, su educación se haría completa en poco tiempo. »Creció nuestra niña como cualquier niña rica de entonces. Su cabello se hizo largo y sedoso, tenía un semblante hermoso. A veces la sacábamos a caminar por los extensos campos del castillo a un gran riesgo. Ella no tenía la apariencia de lo que había creído la gente, pero continuaba teniendo las dos personalidades, ―como lo veía yo.― ¡Hasta sus cosas estaban separadas! Unas eran (según ella) de Luciano. Cierta mañana, para mi sorpresa, descubrí objetos que indudablemente eran de varón. Por eso accedí a algunos de sus deseos y le llevé algunos juguetes de varón, como un arco con sus flechas, una espada y un escudo. En una de mis visitas encontré a Lucía bordando en su aro lo que parecía ser una bandera. Tenía el campo de olivos, unas nubes, un pájaro y en el centro nada menos que el nombre Luciano. Más abajo, en un bordado muy pequeñito, su nombre y la fecha, ¡menos mal! Le habíamos traído un gatito blanco y negro que se convirtió en su inseparable compañero. Como es natural nos preocupaba mucho el que nuestra hija tuviera ese problema. Pero debido a las circunstancias, no podíamos dedicar mucho tiempo a ello. Fuimos afortunados por muchos años. Nunca pudieron descubrir que nuestra hija tuviera algún problema que nos colocara en posición comprometedora. Todo no fue más que sospechas, y solo cuando niña. Tampoco nos hicieron nunca el temido registro, pero las precauciones jamás estuvieron de más. Es cierto que ella continuaba hablando con la ‘voz’, Arturo Valentino, ―como lo llamaba yo―, quien después de tanto tiempo, me ha parecido una persona razonable como adolescente; de comportamiento normal aunque se tratara de alguien invisible. Es un misterio, sí, un extraño misterio, pero Lucía Esmeralda, es un ángel, una muchacha con aspiraciones como cualquier otra muchacha de su edad. ‘Luciano’ ―dice ella― ‘es un joven inteligente, obediente y cariñoso’. Y es cierto, aunque se proyecte a través de Lucía. Algo inconcebible, pero ya nos hemos acostumbrado.

Reaparecen nuestros temores.

»Quiero dejar un testimonio lo más exacto posible para que nuestra familia futura sepa de la injusticia que un día cometieron contra nosotros, nada menos que... la iglesia… ¡en el nombre de Dios! »Silvano ha venido a nuestra puerta de improviso. Aparentemente nos siguió hasta el castillo pues no le habíamos dado nuestra dirección. El apuesto joven se había enamorado de nuestra hija que ya era una muchacha... preciosa además. El joven debió haber estado en sus 18 años, mi niña tenía 16. Al parecer, lo perseguían por algo, fue la impresión que me dio. Él había conocido a Lucía en una de nuestras salidas que siempre hacíamos al campo o al pueblo, donde le dábamos cierta libertad. Siempre confiamos en ella y nunca nos defraudó. La visita del joven nos cogió por sorpresa, inclusive a Lucía, pero después que habló con Tomás, ―quien lo puso al corriente del peligro que confrontábamos,― nos dimos cuenta de que el joven era un cristiano protestante. Él amaba a Lucía Esmeralda, y ella estaba entusiasmada. Cuando se conocieron nos pareció que, ―a la larga,― esto podría convertirse en una solución para su problema de encierro, casándose y yéndose a vivir tal vez a Suiza, como queríamos nosotros. Pero ahora, sabiendo sus antecedentes, estábamos realmente asustados. El joven nos confesó de un plan, elaborado por él, hacía unas semanas, para escapar precisamente a Suiza,… todos. Tomás lo cuestionó referente a su situación y le mencionó lo que nos había dicho el sacerdote. El joven le contestó que el único delito por el que pudieran acusarlo era que se asociaba con otros jóvenes como él, que tampoco aceptaban ciertas enseñanzas del catolicismo y que él estaba de acuerdo con lo que Martín Lutero enseñó. No puedo negar que su visita nos puso muy nerviosos, pues podían haberlo seguido. Desde ese día decidimos que no volviera más y que se vieran, si acaso, fuera del castillo, como habían estado haciendo. A pesar de todo, el plan de Silvano parecía seguro. »Llegó la víspera de nuestra fuga, mas no esperábamos una sorpresa. Faltando solo unas horas para nuestro plan, el sacerdote volvió a visitarnos. Esta vez vino acompañado. Yo me aterroricé cuando los vi; sin embargo, su visita era ―según ellos― para asegurarse de que todo marchaba bien con nosotros, ya que habían escuchado ciertos rumores acerca de un joven que estaba huyendo y querían que nosotros estuviéramos al tanto. ‘¿Huyéndole a quién?’, pregunté. No me contestó la pregunta directamente, sino que dijo: ‘Es un hereje y sabe el precio de sus actos ante Dios’. Yo tuve mil palabras para reprocharle, porque Dios nunca procedería así… pero estaba frente a un repugnante verdugo, de manera que callé. Gracias a Dios que no había alrededor nada que delatara o diera algún indicio de que el joven había estado en casa, si es que se trataba de Silvano. »‘Soy el encargado de informar desde el púlpito en la iglesia de los casos de herejía en el pueblo’, nos dijo. »Yo no dije una palabra, deseaba que se marcharan cuanto antes. Pero María les había traído una taza de té, y, además ―para mi sorpresa― Lucía Esmeralda fue quien vino a recoger la bandeja cuando terminaron. Lo hizo con elegancia, con tal arte y delicadeza, que le dieron las gracias y le regalaron una amplia sonrisa. Yo me quedé inmutable, aunque por dentro pensaba lo hipócritas que eran. Deben haber comprendido que su visita no había sido mucho de mi agrado, por eso, se marcharon tranquilamente, aunque con cierta actitud solapada. »Llegó la hora. ‘Pese a la visita del sacerdote seguiremos adelante’, anunció Tomás. Todo estaba previsto para salir esa noche. Yo estaba muy nerviosa, y, por qué no,… atemorizada. No obstante, todo parecía marchar bien. Tomás no veía ningún indicio que pudiera amedrentarnos; sin embargo, en solo un minuto todo cambió. No sabemos cómo, pero ¡solo Dios lo sabe! Algo había sucedido, no sé qué motivos tenían, pero se estropearon nuestros planes. A lo lejos, desde el cuarto de una de las torres, desde la atalaya, Tomás divisó unas luces que producían abundante humo y se movían hacia nosotros. Cuando bajó a decírmelo, su semblante palideció. ‘Algo está por suceder, tenemos que prepararnos’, dijo.

Horas después.

»Más de cien personas portando hachones encendidos, se fueron sumando frente a nuestro castillo, gritaban contra nosotros. El calor de las llamas procedente de sus teas se percibía adentro. Para sorpresa nuestra, entre el tumulto identificamos nada menos que al sacerdote con la antorcha en una mano y el crucifijo en la otra. Gritando desaforadamente: ¡herejes! Uno de los furiosos amenazantes, vestido con su capa y capucha, golpeó la enorme y sólida puerta con un garrote. Tomás agarró su ballesta y disparó una saeta a los pies del intruso, y gritó desde adentro que si no se retiraban iban a sufrir las consecuencias tarde o temprano. Afortunadamente ninguno venía armado... pero, ¡qué digo! las antorchas podían convertirse en la peor de las armas. Hubo un pequeño diálogo entre el sacerdote y Tomás, luego del cual, las emociones se apaciguaron. Pero tan solo por un corto tiempo. Cuando parecía que estaban por retirarse, todo se estropeó en un instante. He venido a escribir al cuarto de la torre... estoy observando desde la ventana. Lo que sucedió fue que Silvano, a quien esperábamos más tarde (para lo de la fuga), ha llegado en su caballo blanco... ¡Dios mío! Y se ha estropeado todo. Se ha parado frente a la turba amenazante. No es posible escuchar lo que se dicen, pero ahora la turba ha vuelto a agitarse y han tratado de tumbarlo del caballo. Escribiré mientras pueda hacerlo... protegeré lo escrito antes de que entren y nos lleven. ¿Moriremos en la hoguera? Nuestras palabras quedarán como testimonio de la imperdonable injusticia que, al parecer, va a cometer el clero contra nosotros. ¡Que Dios se apiade de nosotros! »Silvano ha entrado al castillo por atrás, a través de una puerta secreta, ¡gracias a Dios! Pero ahora la turba ha comenzado a lanzar fuego al castillo. Tomás ha disparado en defensa y ha logrado derribar a algunos que trataron de entrar, pero la jauría humana, violenta y feroz, ha crecido. Un ala del castillo está casi ardiendo en llamas. Tomás trata en vano de sofocar el fuego. El humo está entrando por todas las rendijas; los techos del frente despiden calor abrazante, ¡estamos atrapados! Han rodeado el castillo, si salimos, la turba nos va a asaltar, y moriremos violentamente. ¡Qué Dios se apiade de nosotros! Estamos todos juntos: Silvano, María la sirvienta, Lucía Esmeralda, su gatito, Tomás y yo. El reloj ha marcado las once de la noche. Una mesa (de solo dos patas) ―un regalo de muchos años que le hicieron a mis bisabuelos por parte de padre,― protege el escondite que empleamos para esconder la Biblia. Ahí pondré lo que estoy escribiendo. Solamente tenemos que moverla, pues las patas descansan estratégicamente sobre dos de los adoquines claves que debemos remover para tener acceso a la caja. Aunque la mesa es pesada,... con la fuerza aunada, mía y de Tomás, siempre la hemos movido. Sin embargo, Silvano no ha dejado que yo lo haga; pero con su ayuda, ha ocurrido lo que Tomás ha calificado como una respuesta del cielo, un milagro. Con la fuerza combinada de los dos hombres, lograron deslizar la mesa de tal manera, que ha ido a parar al otro lado, dando contra la pétrea y sólida pared y ¡se ha abierto una puerta en el suelo! cosa que no conocíamos, ni jamás habíamos imaginado. Todos nos miramos sorprendidos, María se persignó; el hueco oscuro tenía una escalera vertical que se perdía hacia abajo. Tomás exclamó: ‘¡un túnel secreto! ¡Vamos, apúrense, escapemos por él!’. Lamento que no pueda seguir mi relato. ¡CÓMO quisiera poder hacerlo! Pero debo dejar aquí el libro. Tomás me ha gritado que debemos apresurarnos…»

 Ester Monticello. De su puño y letra.

Gregorio quedó en silencio, muy emocionado, pero el relato estaba inconcluso. ¿Cómo saber lo que le sucedió a la familia, su familia? De repente, aquellas palabras escritas, mencionando un pasadizo secreto, le hicieron recordar algo. Bajó las escaleras apresuradamente y fue a su biblioteca. Recordaba haber visto un libro allí, sí, con ese título. «¡Aquí está!», exclamó al encontrarlo. El libro decía por fuera: El pasadizo secreto del castillo, de Oliverio Valente. «Pensé que se trataba de un cuento», dijo audiblemente para sí. Como este estaba escrito en italiano se puso a leer con avidez. El escritor comienza enumerando una serie de casos de hombres y mujeres que habían sido quemados vivos en la hoguera en Francia, Italia y otros lugares. Gregorio estaba excitado al leer de esos sucesos... pero mayor fue su excitación cuando comenzó el relato del pasadizo secreto del castillo,… El mismo que había sido demolido en parte y que ahora era su propia mansión, aquel donde se halló el libro que había hecho traducir y que había terminado de leer hacía solo unos segundos,... «¡Dios mío!», exclamó. Todo parecía indicar que se trataba de una continuación de lo que Ester Monticello, la autora del relato inconcluso, había escondido cuando intentaban escapar ella y su familia por,... el pasadizo secreto. ― Señor, ―dijo la complaciente sirvienta interrumpiendo sus excitantes pensamientos―, ¿desea una taza de café, ¿acabado de colar? ― Sí, sí, me viene muy bien, ―contestó Gregorio―. Gracias. Con el libro y su taza de café, se fue de regreso al saloncito de la torre donde había estado leyendo, y comprobó con asombro que era la continuación de la huida de la familia. La lectura siguió así después de una serie de nombres y lugares: «Entre los que escapaban por sus vidas estuvo la familia Monticello... Gregorio sintió escalofrío en su cuerpo,... estaba más fascinado que antes. Se acomodó en la butaca y continuó,... »...Esta familia, compuesta de Tomás, Ester y su hija Lucía Esmeralda con su enamorado, llegaron una noche a mi casa, huían, cuando su casa, ―el Castillo de Olivos Verdes,― en Arezzo, había sido incendiado por los defensores de la absurda e intolerante iglesia, que persiguió implacable y brutalmente a los religiosos disidentes. Este es el testimonio de Ester Monticello y su familia, quienes lo vivieron en carne propia. En su desespero por ocultar sus escritos, la Biblia, y otros objetos de valor sentimental debajo del piso en una porción secreta, accidentalmente, ―moviendo una pesada mesa de mármol,― descubrieron un pasadizo secreto que desconocían. Como dijo el propio Tomás, era una respuesta del cielo. Ester tomó la lámpara de aceite y bajó junto a Tomás, su hija, Silvano y María la sirvienta, el gatito de la niña también los acompañaba. La escalera era larga, y se perdía en la oscuridad; pero cuando todos estaban bajando, Ester, que era la última, vio cómo la mesa retornaba a su posición original por sí sola. Sin poner más atención, comenzó una excitante travesía a través de un túnel estrecho y oscuro cavado en la roca, pero que había sido la salvación. Sintieron un estruendo que al parecer fue cuando por sí mismo el bloque de piedra volvió a su lugar cerrando la entrada, dejándolos envueltos por una espesa oscuridad, que solo la llama de la lámpara disipaba. »El pasadizo fue en bajada por un buen tramo y luego, por algún tiempo, se hizo llano. Tuvieron que ir rompiendo con las manos lo que parecían pegajosas telas de araña muy tupidas; luego, comenzaron a sentir humedad. Respiraban como si fuera oxígeno puro, lo que les dio una buena indicación: ¡tenía que haber una salida! A medida que avanzaban, la humedad se hizo mayor hasta que sintieron el agua al pisar. Esta fue haciéndose cada vez más abundante hasta que les llegó a mitad de pierna. Se asustaron pensando que la profundidad se hiciera mayor, pero no fue así. Se mantuvo a ese nivel por algún tiempo. Algunos murciélagos los asustaron cuando comenzaron a volar despavoridos en la oscuridad, por el disturbio. »El camino seguía siendo irregular; unas veces iban a la derecha, otras a la izquierda; unas veces bajaban, otras iban en subida y se hacía seco el camino, pero luego al bajar, el agua volvía a estar presente, aunque ahora les llegaba solo hasta los tobillos. Ester acercó la lámpara al suelo y descubrió que el agua era más cristalina que el agua de beber que tenían en la cisterna del castillo. Se trataba sin lugar a dudas, de un manantial. Caminaron una distancia que calcularon como de dos kilómetros y medio hasta que el sendero se dividió en dos; una parte era la que llevaba el agua, la otra era seca. Notaron que la que llevaba el agua también tenía el agradable oxígeno que los hacía sentir bien... la otra ramificación terminaba en un corto tramo. Continuaron por el camino mojado y llegaron hasta el final. Había una grieta en la piedra, y el agua salía por ella y caía, a lo que, por el sonido, Ester interpretó como ‘al vacío’. Les pareció que no existía una salida, sino únicamente la grieta que era extremadamente estrecha. No cabía ni una mano. Se alarmaron pensando que todo terminaría ahí. Agotados del viaje se recostaron a las paredes. La lámpara de aceite se apagó. Ahora estaba todo en total oscuridad. Pero de repente, a Silvano se le ocurrió una idea: ‘tiene que haber una salida. El aceite se terminó justo al llegar aquí. Eso quiere decir que tiene que existir una salida en este punto’. Tomás exclamó: ‘¡será posible!’ Y lo fue. En el desesperado esfuerzo por encontrar una salida, empujaron en todas direcciones... entonces ocurrió el segundo milagro: encima de sus cabezas, al empujar con fuerza, una roca se abrió como si de la tapa de un baúl se tratara,… Desde adentro contemplaron nada menos que a la Luna en el oscuro cielo. Era luna nueva. Cuando Tomás dejó de hacer presión hacia arriba la roca cayó y volvieron a verse encerrados, pero no por mucho tiempo. Volvieron a empujar, y ahora con menos esfuerzo, la roca abrió nuevamente. Silvano salió y ayudó a las mujeres, luego Tomás lo hizo, y la roca se cerró sin dejar rastro alguno. Para el asombro de todos descubrieron que no había modo de abrir la roca desde afuera. Al caer se convirtió en la lápida de una sepultura. »La noche se hacía clara a la luz de la luna y divisaron, como a un tiro de piedra, una casa con una tenue luz en su interior. Con cautela se acercaron. Silvano tomó la delantera. Al llegar cerca de mi casa se encontró que, a la luz de una lámpara, estaba yo escribiendo tranquilamente. Tenía frente a mí varios volúmenes. El joven golpeó el cristal de la ventana haciendo que me asustara un poco. Como es natural, no esperaba una visita a esa hora, y menos que vinieran por la parte de atrás de la casa. De modo que escondí todos los libros. Desde mi asiento grité: ¡¿Quién?! El joven me contestó elevando un poco la voz pegado a la rendija de la ventana: ‘Somos forasteros, necesitamos ayuda por favor’. Me levanté de inmediato y me acerqué con sutileza,... antes de abrir escudriñé despacio a través de la ventana al joven y a cada uno de los que estaban detrás. Afuera era oscuro. Me sorprendí cuando descubrí que se trataba de gente bien vestida y de apariencia noble. Removí la pesada tranca que bloqueaba mi puerta. Allí se identificaron y me suplicaron que los dejara entrar. Mi querida esposa muy asustada, apareció desde el interior agarrándose el delantal que llevaba puesto. Con su usual mirada bondadosa examinó al grupo y los estudió uno por uno. Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios. Se acercó y una de las mujeres le brindó un sincero saludo. Los demás hicieron lo mismo. Como llevaban la ropa muy mojada, mi esposa les pidió acercarse al fuego. Allí, sentados cómodamente, les ofrecimos una taza de té y ellos nos regalaron este relato interesante que escribo hoy. »Con solo pocas palabras pude comprender que se trataba de personas decentes y cultas. Mi esposa y yo nos sorprendimos cuando nos dijeron que vivían en el castillo Olivos Verdes de Arezzo y que habían escapado por el túnel secreto. Les extendimos una cordial bienvenida. Ester nos comentó a Salomé mi esposa y a mí que le gustaría escribir lo que usted ahora está leyendo: la continuación de su relato. Lo incluí en este libro que ya había comenzado. Yo conocía la existencia del pasadizo secreto. Sí, el último en atravesarlo había sido un criado joven (100 años atrás) quien había sido acusado de un delito que él no había cometido. En ese tiempo, él se había enamorado de una jovencita que salió en estado y quisieron atribuirle a él el embarazo, cuando ellos no habían tenido relaciones sexuales. Huyó a través del pasadizo que él mismo descubrió, escuchando, furtivamente, una conversación privada durante una reunión de unos soldados. Comentó el asunto con el mayordomo del castillo, y este lo ayudó. Yo estaba realmente sorprendido porque ahora yo hacía lo mismo que había hecho aquel (que fue mi abuelo), con el joven. A Dios gracias, hice los arreglos pertinentes y Tomás y sus acompañantes viajaron a Suiza donde salvaron sus vidas». Un manto siniestro volvió a cubrir el semblante de Gregorio. ¡Su abuelo había muerto en Suiza! donde se había establecido y donde tenía todas sus cosas. Había regresado a Arezzo donde nació su padre, y después que este se casó y obtuvo los campos de oliva, volvió a Suiza. Gregorio dejó el libro a un lado, el café se le había enfriado. Se quedó pensativo unos segundos. Su abuelo, con seguridad fue descendiente de Tomás Monticello. Cerró la ventana y bajó hasta la habitación. Laura estaba aún despierta, leía, trataba de distraerse o desviar sus tristes pensamientos. Miró a Gregorio, él no tuvo que decirle el efecto que la lectura había tenido en él, lo reflejaba en su rostro. ― Mi amor, es increíble lo que sucedió a nuestros antepasados, (los Monticello de aquel tiempo). Cuando te cuente te sorprenderás; fue un episodio devastador, pero con un final aparentemente feliz. Pudo haberse convertido en un horror. El que todo haya sido efectuado con la aprobación de la iglesia, me ha hecho reconsiderar mis relaciones con ella. Escucha, que te lo voy a contar. Todo sucedía de esta manera. A cinco años de la devastadora muerte del niño Luciano, Laura vuelve a concebir. El corazón del general sintió regocijo, no obstante el día del nacimiento no le brindó la misma felicidad de aquellos días cuando nació su primer hijo. Ahora el llanto de su segundo hijo, no fue el de un varón, sino el de una preciosa niña a la que llamaron Eunice. Pero Gregorio no cejó en su empeño. Cuando la niña alcanzó los tres años, Laura volvió a concebir, y le dio a luz otro varón al que pusieron por nombre Marco. Este rebasó los primeros meses de vida y logró desarrollarse normalmente.

**CAPÍTULO 4**

EN 1849, en plena unificación italiana, Eunice con 18 años, se casa con un general llamado Mario Pompeyo, pariente cercano de Víctor Manuel II, primer rey de Italia y valiente soldado en la guerra contra Austria. La boda fue un bello y espectacular acontecimiento, celebrada en la catedral de Santa María del Fiore (El Duomo) donde asistieron importantes figuras de la nobleza, así como amigos y parientes de ambas familias. Días después de la boda se fueron a vivir a una región cerca de la frontera con Austria, Bolzano, una antigua ciudad italiana situada en un valle en medio de los Alpes. Casi inmediatamente después de haberse instalado, Eunice recibió una carta de su madre, Laura Monticello, donde le anunciaban una sorprendente noticia: su hermano Marco, con solo quince años de edad, se vio obligado a casarse con una jovencita llamada Filomena Augusto, hija de un conde, a quien había conocido en una reunión social y con la que había tenido relaciones íntimas resultando en un embarazo. Aunque esto escandalizó a la familia, todo se arregló civilizada y pacíficamente. Marco, quien tenía una personalidad definida y más avanzada para su edad, quiso casarse con la joven. Sin pérdida de tiempo se llevó a cabo la boda. El nuevo matrimonio se quedó a vivir en la mansión Olivos Verdes y ese mismo año les nació su hijo, al que pusieron por nombre Greco. Su madre, aunque muy joven, demostró tener cualidades maternales muy encomiables. Dos años después, Eunice concibe y da a luz su primer hijo, un varón al que pusieron por nombre Lucas. Cuando el niño contaba ya con 10 años, su padre enfermó provocando un enorme sufrimiento en Eunice quien hacía lo imposible tratando de encontrar una mejoría para su querido esposo. Esto, por otro lado, resultó un inconveniente para la pareja que deseaba tener más hijos. Aunque Mario se sobrepuso a su enfermedad, Eunice no concibió más. Cuando Lucas contaba con 20 años su padre murió. Ese mismo año, debido a la edad avanzada de Gregorio y Laura, los campos Olivos Verdes pasaron a nombre de Marco quien contaba con 37 años. Ese año también le nació su segundo hijo Doménico, siendo Greco de 22 años. En 1874, Greco se casa y se quedan a vivir en la mansión de su madre y su padre, e inmediatamente su esposa concibe y da a luz un niño al que llamaron Justo. El niño se apegó intensamente a su abuela Filomena, quien no había tenido más hijos después de Doménico. Cuando Justo cumplió sus 6 años de edad murieron sus bisabuelos, volviendo a vestirse de luto la mansión después de 54 años desde la muerte de Luciano. Ahora Greco, se quedó a cargo de Olivos Verdes ya que Marco su padre, lo había enseñado desde niño. Los atendió hasta cumplir 41 años, pues para esa fecha su hermano Doménico mostró intensos deseos por hacerse cargo, y su padre Marco se los dio a la edad de 19 años. El jovencito ya estaba enamorado y por eso pidió los campos. Ese mismo año se casó y tuvo un hijo a quien le puso por nombre Doménico, como él (Doménico II). Mientras la familia Monticello se desarrollaba de esa manera la de Eunice Pompeyo tomaba un curso inesperado. Su hijo Lucas, animado por sus compañeros de clase se había ido a Alemania a estudiar en una academia militar en la ciudad de Dresden. A los 24 años de edad a punto de graduarse en esta academia de teniente, conoció a una bella joven italiana de solo 16 años de edad, llamada Lea Boncetti, que aunque era de una familia humilde, fue muy bien educada a pesar de lo difícil que la vida se presentaba para los pobres en aquellos años. La joven pasaba a diario por la academia en bicicleta en su viaje de ida y vuelta a la escuela. Vivía con su madre que era la única familia que tenía en Alemania, después de la muerte de su padre. El corazón de Lea se flechó con el del joven teniente una bonita mañana de primavera.

―¡Ahí viene la ragazza! ― Anunció uno de los amigos de Lucas que estaba afuera cerca de la puerta de la academia.

Lucas salió con un cigarrillo encendido. La joven italiana se acercaba. Su bicicleta llevaba un poco de velocidad, pues iba en bajada. Al llegar cerca de la academia disminuyó la velocidad aplicándole los frenos. Lea llevaba su pelo recogido en cola de caballo. Su belleza resaltaba esa mañana. Sus mejillas sonrosadas y sus labios rojos hacían pensar en una rosa joven recién abierta. No era la primera vez que Lea veía a Lucas. No era tampoco la primera vez que le obsequiaba una sonrisa y un breve saludo al pasar. Pero hoy fue diferente, hoy Lucas se interpuso en el camino, y cuando la muchacha lo esquivó para seguir, él le dijo dos palabras: «hola preciosa». Lea sonrió ingenua, el corazón le palpitó con fuerza, pero se alejó con las palabras y el aroma del cigarrillo en su mente. Cuando la joven llegó a la escuela toda eufórica por las palabras de Lucas, se lo comentó a su amiga. Toda la mañana, ese fue su tema de conversación y también su obsesión. Era la primera vez en su vida que un hombre (mayor que la joven), se fijaba en ella y le dirigía la palabra. La imagen de Lucas se fijó, desde ese instante, en su cabeza. La hora de salida le pareció un siglo. Por fin, el timbre sonó, y como un bólido salió la joven del salón de clases. En su viaje de regreso, se aseguró de pasar más cerca de la entrada y más despacio; sin embargo, parece que a esa hora, los estudiantes de la academia tenían entrenamiento y no lo vio al pasar. Allá en la casa, llevaba al muchacho todo el tiempo en su cabeza. Se había enamorado. Al día siguiente, pensando en volver a verlo, esmeró su arreglo y hasta se aprendió de memoria algunas palabras. Pero, tampoco lo vio entonces. Luego en la tarde sus ansias por verlo se hicieron una innegable e imprescindible necesidad. Ahora hasta sentía menos temor de decirle algo si fuera necesario. Pero al pasar frente a la academia, solo encontró silencio y soledad. La puerta estaba cerrada.

Cuando habían pasado algunos días, el entusiasmo de Lea se había moderado. Pero siempre el corazón le palpitaba cuando se acercaba a la academia. De repente, una tarde, cuando ella no se lo esperaba, Lea lo vio cerca de la escuela. Otra vez se puso muy nerviosa. El manubrio de la bicicleta estaba mojado del sudor de sus delicadas manos. Allí estaba Lucas, parado en una esquina fumándose un cigarrillo. Se veía sereno. Su uniforme era impecable. Alto, moreno, de figura atlética debido a los entrenamientos enérgicos que realizaba, con su pelo cayéndole en la frente, la sombra de su barba y bozo realzaban su atracción masculina. Lea sintió miedo cuando lo vio tan cerca. No había tenido tiempo de prepararse mentalmente. Pero igual, allí estaba él. No le quedaba otro remedio que pasarle muy cerca, casi rozándole el cuerpo. El olor del cigarrillo reavivó sus recuerdos. Lucas le hizo una seña de parar.

― Hola ragassa, me llamo Lucas, y tú. ¿Cómo te llamas? Lea no sabía si sería capaz de disimular su alegría y su asombro. Pero, aunque con temor y nervios, supo manipular la situación. ―Me llamo Lea.

― ¿Eres alemana?

― Oh no, no. Soy italiana.

― Eso me pareció, hablemos en italiano pues. No creo que exista una alemana tan bella como tú. Lea sonrió bajando la cabeza, y lo volvió a mirar.

― Yo soy italiano también, nací en Bolzano, cerca de Austria, por eso hablo alemán. Eres muy bonita Lea. Ella solo lo miraba, los ojos de Lucas le calaban el alma. Sentémonos aquí un rato.

En el amplio muro de un antiguo fuerte, se sentaron cerca, muy cerca el uno del otro. La tarde era fresca y la atmósfera perfecta para sentir la voz del alma. Se quedaron mirándose unos segundos, y Lea dejó que los labios de Lucas, (destacados por la oscura barba por no haberse rasurado), se acercaran lentamente a los suyos, tanto, que ella pudo sentir su aliento entremezclado con el olor a cigarrillo, y probó el paladar de su boca cuando sellaron el momento con un intenso beso, el primer beso de amor en su vida. Ahora el contacto con Lucas, ese beso, con esas sensaciones indescriptibles de la juventud, la acompañarían toda la noche.

Llegaron a conocerse, y este vino a ser para Lea, el primer amor de su vida. Pero Lucas tenía relaciones con otras muchachas en la zona a espaldas de Lea, algunas de las cuales eran de la alta sociedad, que en esos años era tan importante. Una tarde los jóvenes salieron a caminar cerca del río, Lucas le llevaba la bicicleta mientras conversaban. Cada vez que Lea regresaba a casa, el olor de Lucas la envolvía, y se acostaba recordando aquel aroma de la transpiración de su piel. Día tras día se fue haciendo más y más estrecha y fuerte aquella relación. Como era de suponer, Lea no pudo resistirse a la tentación de rendirse entre los brazos del deseado hombre que la hacía vibrar con cada roce de su masculino tacto y atracción. Ya la escuela no significaba mucho en su vida. Solo soñaba con volver a verlo. Lucas, por su lado, disfrutaba del tierno paladar de su boca y de sus delicados senos. Ella era una palomita torcaza acabada de emprender el vuelo. Le regalaba toda su energía. Pero el corazón de Lucas era de hierro, su relación con Lea fue un simple pasatiempo amoroso.

Pocas semanas después, cuando ya la joven le había entregado su preciada virginidad, Lucas regresó a Italia sin decirle nada. Eunice, su madre, le prometió como regalo por la graduación, la mansión donde vivían. Lucas no le dijo que atrás dejaba un corazón quebrantado. Lea lo esperó en vano por varios días... luego por semanas. Su corazón ya no latía igual después que comprendió la triste realidad. Lucas se había burlado de ella. No bien recuperada de lo que fue para ella un devastador golpe, (el primero en su corta edad), recibió el segundo: su madre que estaba delicada de los pulmones, muere en solo unos días, de tuberculosis. Como si eso hubiese sido poco, en esos precisos momentos, descubre que está embarazada. Sin fortuna, con una pequeña cantidad de dinero que apenas alcanzaba para un mes de supervivencia en esos tiempos, decide usar el dinero para viajar a Trento, Italia, donde aún vivía su tía, hermana de su madre. Fue un viaje agotador y difícil para la muchacha. Durante el viaje, el primer coche que tomó sufrió una avería. Una rueda se estropeó. Ella y otra señora que viajaban juntas tuvieron que bajar. El cochero y el hombre que iba a su lado trataron de arreglarlo, pero el tiempo transcurría. Llegó la noche y aún estaban en el medio de un desconocido lugar. Afortunadamente pasó un coche en la misma dirección. Pero no tenían capacidad para nadie más. Lea le rogó al hombre que ella era liviana. Como era menudita, no tenía casi equipaje y era joven y bonita, la subieron. En el interior viajaba un hombre solo, de aspecto arrogante y déspota. Hizo que la muchacha se sentara en el piso para él poder llevar sus equipajes en el espacio que ella hubiera podido ocupar. Apretada entre los pies del indeseable hombre viajó Lea. Era noche, el vaivén del coche y el cansancio la rendían. De pronto el coche se detiene, y unos gritos y el relincho de los caballos despertaron a la joven. Una enorme piedra había rodado desde una colina interrumpiendo el camino. El espacio que quedaba no era suficiente (solo por unas pulgadas), para el coche pasar entre la piedra y la montaña que le quedaba a la izquierda. La única solución era que lograran empujar la piedra. El cochero desenganchó a los fuertes caballos y amarró una parte de la piedra para que los caballos tiraran de ella. El indeseable hombre que iba dentro, en vez de ponerse a ayudar, aprovechó la oportunidad para abusar de la joven que se había sentado a la orilla del camino encima de una piedra. Se lanzó sobre ella protegido por la oscuridad, y como era tan fuerte y grande, la controló sin que la muchacha pudiera moverse. Lea gritó, pero de nada le valió, sintió el órgano del hombre rozarle los muslos que ya había puesto al descubierto. El hombre jadeaba, estaba casi logrando su objetivo, cuando en su desesperada lucha, Lea logró alcanzar una piedra al tacto, y antes de que se consumara el acto, golpeó con fuerza la cabeza del degenerado haciendo que este la soltara. Lea se levantó sin mirar lo que había sucedido, pero estaba a salvo. Para ese tiempo los caballos habían logrado mover un poco el obstáculo lo suficiente para que el coche pasara rozando. Lea subió, y como la noche no cedía en su oscuridad, se alejaron dejando tirado en el suelo al violador. El cochero no se enteró de lo sucedido. El trayecto fue largo. Al llegar, lejos de tener el descanso de ser acogida por su tía, descubre que esta vive en una total pobreza. Casi sin energías tuvo que ponerse a limpiar la casa y salir a buscar empleo. Era necesario cuidar de la única familia que tenía. Consigue trabajo en una casa como sirvienta, pero la dueña descubre, para su infortunio, que estaba embarazada y la despide inmediatamente.

Una mañana, mientras caminaba por las calles buscando algún empleo en la ciudad, Lea se desmaya y es auxiliada por un señor mayor que pasaba. El buen samaritano la llevó a su casa, que quedaba pegada a la parroquia. Allí la puso al cuidado de su ama de llaves. El hombre resultó ser el sacerdote de la ciudad, quien además había vivido en Bolzano y se había trasladado a Trento recientemente para servir en la catedral de San Vigilio. Cuando la joven despertó tuvieron una conversación donde ella le contó lo sucedido con el militar de la academia y hasta le mencionó el nombre del joven. El clérigo le preguntó el apellido. Y cuando este escuchó que se trataba de Lucas Pompeyo, reaccionó visiblemente insultado. Obviamente sabía de quién se trataba. Se propuso mantener a la joven bajo su cuidado hasta que diera a luz, comprendiendo que estaba mal alimentada, pero ella quiso regresar adonde su tía tan pronto como se recuperó un poco. Sin mencionarlo a la muchacha, el buen hombre planeó también hacer una visita a la madre del canalla cuando hubiera nacido la criatura.

Pasaron los difíciles meses de su embarazo y una mañana Lea vio el fruto de su vientre: una preciosa niña a la que puso como nombre María Isabella. Una tarde, cuando habían pasado los días de la cuarentena, la muchacha volvió a salir a buscar empleo. Llevó a su niña con la esperanza de que la ayudaría a conseguirlo. En el camino se encontró con un anuncio donde se solicitaba una muchacha para los cuidados de una casa. Se fue caminando siendo que no le quedaba muy lejos, pero la señora de la casa, al verla con la criatura no le dio ni siquiera la oportunidad de hablar. En ese preciso momento pasaba una mujer que se dio cuenta del incidente, y le dio la dirección de otra casa donde solicitaban los servicios de una sirvienta, pero le sugirió que no llevara a la niña. Lea le dio las gracias y regresó a casa para volver al día siguiente. Fue afortunada, la señora le dio el empleo. De regreso, en lugar de ir a casa de su tía fue a la parroquia y le dio la buena nueva al sacerdote, quien la había estado ayudando. Fue entonces, para sorpresa de ella, que le refirió el plan de visitar a la abuela de su niña.

\*

Eunice Pompeyo leía sentada serenamente a la sombra de un inmenso laurel en los terrenos de su mansión, allá en Bolzano. Ella nunca volvió a casarse. Ocupaba su tiempo atendiendo su jardín y algunas veces visitaba a su hermano allá en Arezzo. Su sirvienta le avisó de la visita del sacerdote que venía vestido con su sotana negra, acompañado de la joven y su hija. Extrañada por una visita de esa índole, se levantó sorprendida y se dirigió a la terraza donde se encontró con el sacerdote. Eunice vestía un sencillo traje largo de algodón y el cabello lo llevaba recogido arriba, atado con una cinta azul. Con el libro en la mano se sentó en una de las sillas de mimbre blanco en la fresca y amplia terraza. Una vid adherida a una de las columnas del techo del gran portal, producía una agradable sombra sobre la mesa y las sillas que invitaban a un placentero descanso. El sacerdote, un hombre robusto, alto, de brillante calvicie, se le acercó solo (según había concebido en su plan). Eunice lo saludó un poco intrigada convirtiéndose en todo oído, haciéndole el ademán de tomar asiento.

― Gracias, ―dijo el hombre―. Soy el reverendo Demetrio Moretto, ahora sirvo en la catedral de San Vigilio en Trento. Es de comprender su sorpresa señora Pompeyo. Aunque viví aquí en Bolzano hasta el año pasado, no había tenido el placer de visitarla. Ahora, paradójico como parezca, por una razón muy especial, he hecho un viaje desde Trento para hablar con usted. Es relacionado con su hijo Lucas, señora.

― ¿Se trata de mi hijo? ―preguntó Eunice muy extrañada.

―Sí. Su hijo estudió en una academia militar en Dresden, Alemania, según tengo entendido... terminó el año pasado, ¿no es cierto?

―Así es, ―contestó Eunice a secas con mirada iracunda; no quiso llamarlo reverendo en ese momento.

―¿Le contó su hijo en algún momento, de sus relaciones amorosas allá en Alemania? Quiero decir: ¿No le comentó él acerca de sus aventuras?

―Disculpe, pero creo que es un asunto muy privado señor. Yo no tengo por qué preguntarle a mi hijo de sus «aventuras», como usted dice, ―refutó Eunice, irguiéndose en su silla.

―Tiene razón, por eso mis palabras fueron si él le había referido algo, y disculpe por tratar un tema que es un tanto confidencial, pero se trata de un pecado, y además, de un acto inhumano e intolerable por la sociedad, especialmente tratándose de una familia culta y religiosa.

―Me intriga usted aún más, reverendo, ―interrumpió Eunice un tanto molesta.

― ¿Está su hijo en casa, señora?

―No, lamentablemente no está, ―respondió ella un poco acalorada.

En ese instante se acercó la sirvienta con una bandeja con el té, la puso en la mesa que estaba de por medio, y se retiró.

― Bueno, voy a ser muy claro, y además muy objetivo y al grano. Con su permiso...

Demetrio se disculpó, levantándose y mandó acercarse a Lea, a quien Eunice no había visto, porque esperaba en el interior de la casa. La muchacha se acercó con su criaturita entre los brazos. Lea, aunque un poco pálida, gozaba de buena salud. Su rostro era dulce, de mirada tierna; de ojos color café de largas pestañas y copiosas cejas bien delineadas. Era de mediana estatura, cabellos largos sedosos color castaño. El pequeño bulto que cargaba estaba envuelto en delicados pañales color rosa y blanco. Eunice, transformada ahora por la escena, se incorporó en su butaca, con expresión de asombro y ternura a la vez.

― ¡Bueno...! ―exclamó Eunice.

La joven muchacha saludó con timidez dando las buenas tardes, y se sentó en la silla que Demetrio había reservado para ella entre Eunice y él.

Con ternura en su mirada, Lea le descubrió con delicadeza, la carita a la bebe. Eunice no salía de su asombro.

―Señora Eunice, esta es Lea Boncetti, ―dijo Demetrio con énfasis en sus palabras.

Por la mente de Eunice pasaron, como un relámpago, ideas espantosas pensando en Lucas.

―Mucho gusto Lea... ¿es una niña verdad?

―Sí, señora... María se llama, María Isabella.

― ¡Ah! Qué amor... ―exclamó Eunice acercándose sin levantarse de la silla.

Demetrio sonreía. Su semblante santurrón adquiría una enigmática expresión con la mirada que parecía destellar chispas de impaciencia.

―Doña Eunice, Lea le va a relatar su experiencia. Por favor Lea... cuéntele a la señora cómo conoció al padre de su hija.

―Sí, con gusto... Yo tenía que pasar a diario camino a la escuela en bicicleta cerca de la academia donde estudiaba Lucas allá en Dresden. Una tarde, en primavera, nos hablamos por primera vez. Su apuesta figura, con su uniforme militar, me impresionó. Pocos días después en uno de mis viajes, como sabía que volvería a verlo, me arreglé con más esmero. Conversamos esa tarde, y en poco tiempo comenzamos a salir a caminar por las orillas del río Elba. Cierto día me invitó a comer helado... en fin, una relación normal muy bonita. Yo me sentía feliz.

― Perdóname Lea, ¿qué edad tenías entonces? ―preguntó Eunice.

― Tenía 16 años. Yo vivía con mi madre que era mi única compañía, pues toda mi familia, ―la poca que tengo,― estaba acá en Italia, unos en Sicilia, pero mi tía vive en Trento.

― Eres italiana, ¿verdad? ―preguntó Eunice.

― Sí señora, soy de Florencia.

― Continúa Lea, disculpa ―se excusó Eunice.

―Lucas llenó mi corazón de esperanzas; me habló de casarnos, hasta me prometió que nuestra boda sería en el palacio de Dresden nada menos, y que luego nos iríamos de viaje, tener una familia... ¡tantas cosas!

Lea bajó la cabeza y sollozó.

― Yo soy muy pobre ―continuó la muchacha―, nunca siquiera soñé en viajar, o salir de donde vivía. Mi madre trabajaba muy duro después de la muerte de mi padre, limpiando pisos para poder comer y vestir. Una noche Lucas y yo salimos, el me llevó a una…, bueno…

― Está bien Lea, comprendo perfectamente… ―interrumpió Eunice―. ¿Sabe Lucas tu nombre?

―Sí, ¡por supuesto! Con apellido y todo. Él también me dijo el suyo, que era teniente y que su apellido era Pompeyo. Yo lo asocié con la ciudad de Pompeya para recordarlo. Me habló de usted y de lo bonita que era la casa...

 Lea miró alrededor y asintió con la cabeza.

―... como realmente veo que es. Después de esa noche nos vimos un par de veces más, eso fue todo. Lo estuve esperando por muchos días, Me dolió mucho el corazón. Creí que iba a morir, parecía que me apretaban el pecho, lloré mucho, sin consuelo. Mi madre trataba de consolarme diciéndome que ya volvería el día menos pensado; pero eso nunca sucedió. Lo que sí sucedió fue que mi pobre madre enfermó y como si hubiera sido un castigo del cielo, murió…

Lea no pudo continuar. Demetrio le dio unas palmaditas en la espalda, y con el rostro decaído le ofreció un poco de té. Luego de un silencio, Lea continuó...

― Me dio mucho miedo sentirme sola. No teníamos dinero. Dejé la escuela y decidí venirme de regreso a Italia donde mi tía (hermana de mi madre), pero descubrí, que vivía en condiciones deplorables, ―Lea suspiró―. Salí a buscar trabajo y me coloqué en una casa. Me pagarían poco, pero me darían de comer. Sin embargo, me dio una fatiga mientras cepillaba el piso, y la señora de la casa se dio cuenta, y me dijo que si yo estaba embarazada no podía continuar trabajando para ella. Me tuve que ir.

Aquí Demetrio intervino y continuó el relato mencionando el momento cuando la recogió desmayada en la calle. ― Y… ¿dónde vives ahora? ―preguntó Eunice impactada con el relato. ― Gracias a Demetrio tuve techo y alimento por unos días. Él quiso que me quedara hasta que naciera mi criatura, pero cuando me sentí fuerte me fui a casa de mi tía otra vez. Vivo con ella… como le mencioné antes. Demetrio ha sido mi ángel de la guarda.

Eunice se notaba sombría con toda la historia. Por su cabeza pasaban desagradables escenas imaginarias. Su modo de vivir, de ver las cosas, su estima, su humanidad y calidad de vida... le hacía difícil aceptar que su propio hijo hubiese sido capaz de semejante bajeza. Abrumada, miraba a Lea y a aquella indefensa criatura que llevaba su sangre. Después de un silencio, Eunice le ofreció hospitalidad, pero Lea la rechazó. No quería, su inocencia había sido ultrajada; se sentía discriminada y su valor humano ignorado como un objeto inservible. No, Lea tenía dignidad. No quería siquiera volver a ver al hombre que hipócritamente le dijo que la amaba. Su proceder había exhibido claramente su inmadurez e incapacidad, como hombre primero, como padre después.

―Si él desea ayudar a su hija, eso es diferente, ―añadió Lea―, aunque yo soy suficiente para ser su madre y su padre a la vez.

Eunice no tenía palabras para desmentir todas esas verdades.

― Yo soy la abuela de esa niña. Lleva mi sangre y la de mi hijo. Yo te voy a ayudar, porque además de abuela, soy mujer y madre. Comprendo el dolor ajeno. ¡Demetrio! Búsquele un lugar decente donde vivir. No quiero que mi nieta crezca en una pocilga.

Eunice se levantó, y sin decir palabra se perdió dentro de la casa. Demetrio se sirvió una taza de té y brindó una a Lea regalándole una complaciente mirada. Eunice regresó con un cheque y se lo entregó a Demetrio.

― Lea, ―siguió diciendo Eunice―, no quiero que me consideres una extraña en tu vida. Me hubiera gustado que las cosas hubiesen sido diferentes... pero no estuvo en mis manos cambiar el rumbo de los sucesos... me considero, ―de cierta manera,― víctima de la vileza de mi propio hijo. Ahí le he dado a Demetrio suficiente dinero para que lo ponga en el banco a tu nombre y a nombre de mi nieta. Puedes venir a visitarme cuando desees, y una vez que yo sepa tu nueva dirección te iré a ver... porque es mi deseo de abuela, no por compromiso.

―Yo le estaré eternamente agradecida, ―dijo Lea con voz vibrante,― y le anticipo que haré todo lo posible por enseñar a mi hija con todos los honores y principios que hacen a una persona honesta, honorable, culta y educada, como su abuela. Demetrio le mostró el cheque a Lea y lo puso en su bolsillo.

― ¡Oh Lea! Eso es excelente. Y con referencia a mi hijo, ten la firme convicción de que recibirá una severa lección de mi parte y una seria reprimenda de toda la familia. Me siento muy avergonzada. Tengo una nieta ilegítima, ¡quién me iba a decir semejante barbaridad!

― No señora, ―dijo Lea―, la niña no es ilegítima, el ilegítimo es el padre. Y hablando del padre…, claro que me gustaría venir a visitarla, pero solo si me promete que no me encontraré con él. Yo le escribiré, y le dejaré saber cuándo hacemos el viaje. ¿Me lo promete?

―Sí, hija, te lo prometo,― contestó Eunice con cierto desgano.

Demetrio asintió y miró a Lea. Esta se acercó y le extendió una mano a Eunice... luego, le dejó cargar a la pequeña María Isabella, que aunque muy pequeña, les regalaba los rasgos de su padre.

Al instante de haberse marchado el sacerdote con la [víctima](Luciano1.docx%20Luciano%201-5.docx) de la infamia y su fruto, Eunice se fue a su alcoba con una fija idea en mente: escribir a su hermano Marco acerca de lo que resultaba ser para ella un acontecimiento espantoso y además, vergonzoso.

Marco y Greco su hijo, disfrutaban en este tiempo de cierto descanso ya que Doménico era quien atendía Olivos Verdes con la supervisión de su padre y su hermano. El hijo de Greco, Justo, le expresó a su tutor una tarde después de las clases que él quería ser monje. El tutor trató de persuadirlo, diciéndole que a sus padres no les iba a gustar, y que además iban a extrañarlo mucho siendo que era hijo único. Pero su decisión parecía estar fuertemente arraigada. Esto disgustó muchísimo a su abuela quien estaba fuertemente apegada al muchacho. Afortunadamente el apellido no sería interrumpido gracias a la existencia de Doménico.

La misiva de Eunice fue recibida en manos de Marco una tarde, cuando tomaba el té con su esposa al frente de la casa, allí donde antaño Laura posara con su bebe Luciano en sus brazos. Inmediatamente él supo que se trataba de Eunice al ver el sello de cera con sus iniciales.

 Marco Monticello Olivos Verdes, Arezzo.

6 de junio de 1880

Querido hermano Marco:

Aunque hace poco tiempo te escribí hablándote de mi decisión de pasar mis propiedades a mi único hijo Lucas, lo cual ya estoy haciendo (solo faltan las firmas de los dos), hoy te escribo para decirte cuán amargada e insultada estoy por algo sucedido recientemente. El sacerdote de Trento ha venido a visitarme para comunicarme lo que Lucas ha hecho en Alemania antes de venirse de regreso a Italia. Que dejó embarazada a una chica de 16 años llamada Lea Boncetti y la ha dejado abandonada. El sacerdote ha venido con ella y la criatura de solo 3 meses de nacida, una niña cuya madre ha llamado María Isabella. La joven me ha contado lo sucedido y no ha querido aceptar quedarse a vivir con nosotros por despecho, y no la culpo… Lucas ha sido un canalla. Yo le he dado algún dinero, que ha aceptado. Ella me ha parecido muy educada, pero humilde y muy pobre. Si puedes hablarle, por favor, a Lucas, como tío que eres de él, y aconsejarlo de que tiene que componerse. Si continúa haciendo cosas como esas, no solo nos estará deshonrando, sino que también estará contribuyendo a que perdamos lo que nos queda. ¡Quiera Dios ese sea el único caso! ¡Cómo ha podido hacer semejante cosa! Yo estoy muy disgustada y quisiera darle un escarmiento. Contéstame y déjame saber qué opinas.

Tu hermana, Eunice Pompeyo.

Marco siempre se ocupó de su hermana. Por eso de inmediato, después de comentar con su esposa el asunto, decidieron hacer un viaje a Bolzano. Como ya hacía algún tiempo que no se veían, hicieron los preparativos y al día siguiente emprendieron el largo viaje. Entre el coche tirado por caballos y tren, les tomaría algunos días. No era fácil el viaje, era exageradamente incómodo. Filomena, su esposa, no iba muy a gusto. Había pensado ir a visitar a su nieto Justo, el hijo de Greco, al convento. Pero ella no comentó nada. Llevaba su pena por dentro.

El viaje fue lento, pero hubo momentos de descanso. Eunice se puso muy contenta con la visita de su hermano y cuñada. La mansión no era como la de Olivos Verdes, esta era una casa de cuatro pisos, cuadrada con muchas ventanas y al frente un portal con dos columnas. Había una amplia escalera de unos diez peldaños que iba de una columna a otra en el centro. La puerta de entrada era hermosa, amplia y con cristales. Atrás tenía una espaciosa terraza con techo y columnas. Todo el piso de la mansión era de mármol. Después de asignadas las habitaciones y dejar el equipaje, se fueron a la amplia y fresca terraza a la sombra de la vid que había extendido sus ramas filtrando los rayos del sol. Mientras bebían el té, Eunice les hizo el relato de lo que para ella era un insulto. También hablaron de la propiedad. Marco le aconsejó que fuera sabio no quedarse sin la mansión. El conocía de casos de personas que, por otras razones, habían tenido que pagar con la casa ciertas deudas. Afortunadamente Eunice no había firmado aún, pues el encargado de hacer los trámites no había regresado todavía. Además la alertó respecto al dinero, que ahorrara; ahora que estaba enferma era cuando más lo necesitaría. Luego de la incómoda conversación se fueron a cenar.

\*\*\*

En 1885 Eunice ,―quien contaba ahora 54 años de edad, al ver que no mejoraba de su enfermedad manda a buscar a Lea y a su nieta María que contaba con cinco años. La visita le trajo alegría, y a la vez tristeza, pues sabía que estaba en sus últimos años. Marco (su único hermano tenía entonces cincuenta y un años). Lea había vestido a la niña como una princesita con un vestido de muchos vuelos, encajes y cintas, y un lazo ancho que amarraba atrás en la cintura. Mientras tomaba café y unos dulces hechos por Eunice, esta trae de su habitación un cofre con sus joyas. Lea se queda encantada con las alhajas, todas de oro con piedras preciosas. El joyero contenía pasadores, peinetas, collares, aretes, anillos, sortijas y un camafeo de esmeralda y diamantes montado en oro que perteneció a su madre Laura. Eunice le regaló todas las joyas, pero cuando sacó el camafeo de esmeralda le dijo: «Este es para mi nieta María. Es de gran valor, no solo sentimental, sino también monetario». Lea tomó la joya en su mano y percibió su peso. Era un camafeo con una cinta que se llevaba atado al cuello.

―No poseo mucho más que esto, pero también te daré algún dinero. Sé que lo usarás sabiamente porque me lo has demostrado.

En 1890 (5 años después), Eunice murió; el funeral se efectuó en su propia mansión. Lea asistió con su pequeña María que contaba 10 años. Trató de pasar desapercibida para no encontrarse frente a frente con Lucas, pero cuando lo vio, no pudo permanecer ni un minuto más. Antes que este se diera cuenta de ello, se fue, ayudada por Demetrio, el sacerdote. Marco, quien era el tío abuelo de la niña, las vio y trató de alcanzarlas entre el tumulto de personas, pero Lea desapareció con su hija en un coche que Demetrio tenía estacionado afuera. Lucas no tuvo oportunidad de conocer a su hija, y Marco tampoco pudo abordarla para darle alguna ayuda, como su hermana le había pedido antes de morir. Esa fue la última vez que la muchacha vio a la familia de Eunice, de la cual no conocía el apellido paterno. Por temor y despecho, se alejó yéndose a vivir lejos de Trento, a Venecia. Cuando Marco llegó a su casa a llevarle dinero, la encontró vacía, y nunca supo adonde se había ido. Eunice fue enterrada en el cementerio privado, en los terrenos de la mansión donde ella nació… la mansión de Olivos Verdes, de Arezzo.

Justo, el nieto de Marco, entró al convento Jesuita a la edad de 17 años, en contra de los deseos de su madre. Su padre había dejado de hablarle ya que el muchacho nunca habló con él explicándole el motivo del porqué lo hacía, aunque la abuela se lo atribuía a que el jovencito padecía de neurastenia, una enfermedad atribuida a debilidad del sistema nervioso. No obstante, las malas lenguas decían que el jovencito lo había hecho para ocultarse de la vida pública debido a que era muy afeminado. Al morir Marco, el hermano de Eunice, la mansión quedó en poder de su hijo Greco Monticello. Más tarde, en 1910, cuando este murió, Doménico su hermano personalmente fue a ver a Justo al convento, a ofrecerle los campos, pero este le expresó a su tío la decisión de seguir con su vida austera, no quería saber nada del mundo exterior. Antes de irse, Doménico le entregó una carta que su padre Marco le había dado. Era de su sobrino Lucas, primo de Justo. Lucas, quería que se le hiciera llegar la carta a Lea Boncetti, a su hija María Isabella, o si no, al padre Demetrio Moretto, quien las conocía bien. Justo aceptó guardar la carta, prometiendo hallar el modo de hacerla llegar con algún sacerdote de su confianza. Como Justo no quiso hacerse cargo del negocio de Olivos Verdes ni de la mansión, el mismo Doménico se hizo cargo, con la ayuda de su hijo Doménico II, que se sentía feliz por el nacimiento de su primer hijo al que puso por nombre Juliano.

Ese año resultó ser uno muy triste para la joven María Isabella, quien se desarrollaba a la sombra de su familia adinerada. Su madre, Lea Boncetti de solo 46 años, muere de tuberculosis, quedándose ella sola, sin porvenir y sin conocer a ninguno de sus parientes… todos los que hubiesen podido ayudarla.

Pasaron diez años. Una mañana de invierno de 1920, muere Lucas quien por su mala cabeza, casi había perdido su pequeña fortuna. Antes de morir, le dejó la mansión a su primo Doménico II. Ese mismo año, la hija de Lucas, María Isabella, quien había conocido a un buen hombre y se habían ido a vivir a Arezzo, tuvo a su primera hija con 40 años de edad. Nino Belsanti, con el cual nunca se casó, murió solo unos meses antes de nacer la niña. La niña se llamó Olivia Boncetti. En 1935 Doménico (hijo de Marco) y su esposa, deciden mudarse a Livorno. Doménico II, quien se había quedado en la mansión decide más tarde unirse a su padre, y se traslada a Livorno con su familia que constaba solamente de su esposa Julieta, pues no tuvieron más hijos. Ya para ese tiempo él se había comunicado con Juliano informándole que recibía la mansión y los campos de olivas. Las dos mansiones quedaron vacías, hasta que Juliano regresara de Grecia, donde estudiaba periodismo en una universidad de Atenas. Allá conoció a una muchacha francesa llamada Leonora Morell, quien terminaba sus estudios de música ese mismo año. Cuando ambos se graduaron, vinieron a Italia donde se casaron, recibieron la herencia y se instalaron ―como era de suponer― en la mansión de los campos Olivos Verdes. En 1938 viajan a Francia, el país de su esposa y permanecen allá con los padres de Leonora. Al siguiente año Alemania invade Polonia y comienza la Segunda Guerra Mundial. Preocupado por los campos de olivas, (que habían sido pasados a él), a finales de la primavera de 1940, hace planes de regresar a Italia justo cuando los alemanes atacan a Europa Occidental. Claudia, la hermana de Leonora, había planeado viajar con ellos de París a Arezzo, para radicar allí ya que el año anterior había adquirido una casa cerca de Olivos Verdes; pero dadas las circunstancias, decidió quedarse con los padres y esperar. Juliano y Leonora lograron pasar a Italia por el sur de Francia. Llegaron a Turín y desde allí pudieron viajar hasta Arezzo. ¡Qué afortunados fueron! Comenzando el verano, Italia entra en la guerra apoyando a Alemania e invade el sur de Francia. Leonora se escandalizó al escuchar las noticias y se sintió profundamente angustiada pensando en sus padres y en su querida hermana Claudia.

Desde 1920 Italia soñaba con un ambicioso proyecto hidroeléctrico. Ahora en 1943 la Società Adriatica di Elettricità di Venezia, (SADE) había recibido la aprobación del gobierno para comenzar el colosal proyecto. Italia comenzaría a construir la presa más alta del mundo. Todo esto hacía que Juliano se sintiera impulsado a su amada profesión, pero dadas las circunstancias tenía ante él una disyuntiva: tratar de ejercer sus conocimientos periodísticos en medio de una ciudad devastada o dedicarse al negocio de Olivos Verdes que necesitaba urgentemente ser atendido dadas las circunstancias. Finalmente, Juliano decide dedicarle su tiempo a los campos, considerando que su explotación tenía potencial para crecer económicamente. El periodismo (su mayor anhelo), fue relegado a segundo plano hasta ver las posibilidades de crear un periódico local en el futuro. Para ese tiempo ya Leonora estaba en estado de gestación y ese mismo año, 1943, cuando los países aliados (en contra de Hitler), invadían el sur de Italia, nace su primer fruto, que resultó ser una niña a la que llamaron Estelle. Es entonces que Claudia decide viajar a Italia.

**CAPÍTULO 5**

UNA NOCHE fría, a finales de Septiembre de 1944, (justo un año después de la rendición italiana y de la huida del rey Víctor Manuel Tercero y el mariscal Pietro Badoglio de Roma), Juliano y Leonora venían de regreso a casa después de «disfrutar» de una conocida ópera. No era que estuvieran muy contentos, pues la parte norte de Italia aún estaba bajo dominación alemana. El Teatro estaba lleno de soldados nazis, cosa que hacía sentir a Leonora furiosa, lo mismo que a Juliano. Pero existía la esperanza de que pronto Alemania se rindiera. Las noticias informaban que los aliados habían obligado a los alemanes a retirarse del sur de Italia. Ahora Leonora estaba feliz, no solo por eso, sino también porque su país había sido liberado de los nazis el mes anterior. Pronto disfrutarían más el teatro. Leonora amaba la ópera, y Juliano, aunque no era muy amante de esa música, la complacía cuando llegaba la temporada. Ella era una mujer elegante de mediana estatura, de ojos grandes color café como su pelo; iba sentada al lado de su esposo en el automóvil envuelta en su costoso abrigo de piel de zorro. Comentaba con Juliano acerca de las circunstancias que se vivían en Italia, y también de las actuaciones en la ópera Rigoletto, de Giuseppi Verdi, interpretada por cantantes italianos conocidos, que tuvieron una excelente actuación a pesar de todo.

Antes de tomar la autopista que los conduciría a Olivos Verdes, Juliano tuvo intenciones de invitar a su querida esposa a tomar gelato de pistacho, una delicia del momento, pero considerando que las calles no parecían ofrecer mucha seguridad para los residentes italianos, decidió ir directo a casa. De todos modos habían dejado a la pequeña Estelle de 2 años al cuidado de Claudia, hermana de Leonora, quien vivía en la hacienda cercana a la mansión bajando la elevada colina, pero que se había quedado esa noche en la mansión de su hermana. El camino era hermoso, poblado de casas que habían sido construidas en las laderas de la colina. El auto por fin llegó al frente de la impresionante mansión-castillo.

Al entrar al amplio atrio, iluminado por las llamas de la chimenea y una pequeña lámpara a la derecha del piano, el eco de sus voces y pasos retumbaron. La luz del farol que estaba afuera pasaba su luz a través de los vitrales del arco encima de la puerta, proyectando estampas multicolores. Subieron las escaleras dirigiéndose a la habitación de la pequeña Estelle.

―Oh sont arrivés! ―exclamó Claudia en francés, con tono suave―. Se había quedado leyendo sentada cerca de la cama de Estelle a la luz de una lamparita verde.

― ¿Todo bien? ―Preguntó Juliano. ―Sí, Juliano ―contestó Claudia dejando que sus lentes cayeran colgando del cuello con su cadenilla de plata―. Estelle es un angelito, no da qué hacer; se tomó toda su leche y me pidió que le tocara el piano. Luego le hice varias historias... tú sabes que le fascinan los cuentos... y se quedó dormida.

―Mi querida niña, ―exclamó Leonora acercándose y dándole un beso con mucha ternura. La niña dormía placenteramente.

Claudia se retiró a la habitación que ocupaba siempre que se quedaba con los Monticello y Juliano bajó y se sirvió una copa de vino. Ahora volvió a reinar el silencio, y en la mansión fueron apagándose las luces una a una, excepto la de Estelle, que quedó con la luz de la lamparita verde.

Afuera, el aire frío movía las ramas de los árboles sin hojas, y una fina lluvia comenzó a caer tornando los alrededores, ―envueltos por la neblina,― en una misteriosa escena como en los cuentos de hadas.

Al despuntar el alba, Olivos Verdes adquiría la apariencia de una fantasía con las densas estelas de la niebla que flotaba sobre el suelo. A medida que el sol se elevaba, la neblina desaparecía transformando el místico escenario en el verde campo que todos conocían. Comenzaba la recogida del mes de septiembre. Por los surcos mojados comenzaban a moverse los hombres y mujeres con sus canastas de paja, entonando una melodía que el aire se llevaba, y que en la distancia parecía una plegaria que a Dios elevaban. Juliano tomaba el café, acompañado de su querida esposa que ejecutaba al piano una bella melodía que había tenido en la cabeza durante la noche. Luego subieron a la torre atraídos por el canto y las voces de los trabajadores que les llegaban a ratos. Juliano oteó en la distancia, y sintió emoción al contemplar la escena.

―Marino debe de estar al llegar, ―comentó Juliano―, para informarme de la cosecha y de cómo está la empleomanía y los camiones del transporte. Como he estado más envuelto en el periódico, necesito estar al corriente de lo que pasa allá en el campo. Necesitamos hacer planes para incrementar las ventas. Tan pronto termine la guerra hay que enfocarse bien en el negocio. Olivos Verdes está creciendo. Ya los arbolitos que se sembraron el año pasado están produciendo sus primeros frutos. Si te fijas, puedes apreciarlos desde aquí… mira hacia allá. Son los que se ven más pequeños, ¿te das cuenta?

―Sí, claro Juliano, ¡ni que fuera ciega!, ―exclamó Leonora poniéndose de pie.

― ¿Y cómo van las cosas con el periódico Juliano? ―preguntó Leonora ahora sentada tomándose su taza de café.

― Pues para comenzar no está mal. Ya tengo diez anunciantes, dos columnistas y un fotógrafo. Y algo muy importante Leonora… un corresponsal en Roma. Pero claro, eso no es nada, aún hay mucho por hacer, tan pronto pase la «tormenta», Voche d’Italia comenzará a gritar.

― ¿A gritar? ―cuestionó Leonora.

― Sí, es un decir... pronto dejará oír su voz.

Al terminar el café, permanecieron por un buen rato allí. Juliano acariciaba a su esposa que reposaba su cuerpo sobre él. Como su ascendiente Gregorio Monticello, Juliano soñaba con tener un heredero que continuara el apellido, para perpetuar el nombre y atender Olivos Verdes por la tradición. Su primer fruto había sido Estelle, pero él no perdía las esperanzas de que el nuevo embarazo convirtiera en realidad el sueño esperado. Pasaba Juliano la mano por el vientre de su amada cuando Tocaron a la puerta. Era Marino que venía con su portafolio. Un hombre alto y corpulento de casi 250 libras de peso; moreno, de cabello negro rizado y abundantes bellos en los brazos y el pecho. Allá en el campo Marino se encargaba del puesto de operaciones en su pequeña nave donde había un escritorio, unos gabinetes para archivos, una mesita con una máquina de escribir, una pequeña nevera de hielo y un ventilador. Esa era la oficina de Marino. Los obreros firmaban una hoja al llegar y al irse; y él atendía cualquier incidente laboral. Su trabajo era importante, pues los olivares tenían que ser bien atendidos durante el otoño para cerciorare de que no se ocasionara erosión del terreno en la época de lluvia. Además la cebada que se sembraba en los surcos entre las hileras de los olivos, tenía que ser cosechada también. Eso sin contar la poda y el control de las plagas. No era un trabajo suave. Juliano bajó para recibir a Marino en su oficina.

 ―Bongiorno señor Juliano, ―saludó Marino con voz potente y un fuerte resuello atribuido a su sobrepeso.

―Bongiorno Marino, ―contestó Juliano―, ya te esperaba. ¿Cómo van las cosas este año? ―Todo va bien, gracias a Dios… solo que se han presentado un montón de nuevos obreros esta mañana buscando trabajo... hombres y mujeres. Que a decir verdad... necesitamos, pues la cosecha ha aumentado.

Caminaron hasta la oficina de Juliano. Marino se sentó y sacó del portafolio un papel donde había escrito los nombres de los interesados. Juliano le dio la aprobación para que comenzaran de inmediato. La jornada de recogida completa duraría de unos tres a cuatro meses aproximadamente teniendo en cuenta la cantidad de agricultores a la mano. También consideraron la empleomanía de las seleccionadoras, unas 50 mujeres, que seleccionaban y empacaban las aceitunas que se enviaban a los distribuidores, que mandaban el producto a las fábricas, que las envasaban más tarde en pomos de cristal listos para los establecimientos. Pero el negocio de Olivos Verdes era solo la venta del producto neto. Todos los años Olivos Verdes producía una venta fenomenal que pagaba a los obreros, cubría todos los gastos y dejaba un buen dividendo a los Monticello, que ahora se había reducido a Juliano y su inmediata familia. Para el futuro cercano Juliano estaba pensando en producir aceite, pues la calidad de la aceituna lo meritaba.

―Marino, ―dijo Juliano―, cerciórate que el personal reciba claras instrucciones acerca de la recogida. A veces se presentan personas que en su vida han recogido una aceituna, y puede que arranquen las que aún no han madurado. También es importante que extiendan bien las redes debajo de los árboles para cuando la cosecha se hace por la sacudida... eso minimiza la caída de las aceitunas al suelo. Cincuenta aceitunas perdidas es un pote menos que se vende. Yo estaré pasando por el campo en la tarde hoy para inspeccionar. Las mujeres que seleccionan, ¿son las mismas o hay nuevas?

― Hay varias nuevas. Dos de ellas no volvieron porque están recién paridas, tres, al parecer se fueron a otra región... así es que hay cinco nuevas. Pero les he dado una breve instrucción ya que las que tienen experiencia se van a encargar del resto.

― Muy bien, ―contestó Juliano―. Y, ¿qué hay de los camiones que se habían roto... se arreglaron ya?

―Sí, tan pronto hablamos traje a los mecánicos que usted me indicó. Que, por cierto, trabajo me dio convencerlos de que arreglaran los autos sin recibir el pago el mismo día. Aquí está el recibo de lo que hay que pagarles. No fueron reparaciones muy grandes, sino por desgastes... cosas normales.

― Los choferes, ¿son los mismos? ―preguntó Juliano.

― Sí, afortunadamente, y son muy responsables.

―Bueno... aquí tienes el cheque del mecánico. ¡Ah! ¿Cuándo es el mantenimiento? ― El mantenimiento está programado para el mes de mayo.

― Muy bien, tenemos tiempo todavía.

―Señor Juliano, ―dijo Marino con cortesía―. Otra cosa. Quería mencionarle que temprano esta mañana me fue a ver una chica buscando empleo, pero no puede trabajar en la recogida ni en la selección debido a que le hace daño el contacto con la planta... ella está bien preparada y quisiera hacer algo que no tenga que ver con el campo.

Juliano se lo quedó mirando unos segundos antes de reaccionar...

―Uh... sí, creo que había estado pensando en eso precisamente, quiero decir, en tener a alguien en la oficina para que se encargue de las operaciones bancarias, etc. especialmente ahora que el periódico está robándome cada vez más tiempo. Así es que… sí, mándame la muchacha. Que venga esta misma tarde después de las 5. ¿Cómo se llama?

― Se llama Olivia Boncetti ―contestó Marino.

― Muy bien, que venga a verme a mi oficina. Y, en cuanto a nosotros... nos volveremos a reunir el viernes para el pago de los obreros y el tuyo, por supuesto, ―añadió Juliano con una sonrisa.

― Gracias, señor Juliano.

― Hasta el viernes Marino.

Con sus pesadas pisadas, Marino se retiró; un leve olor agrio quedó en el ambiente, pues Marino sudaba por el trabajo que ya había realizado temprano en el campo. Su camioneta se alejó, dejando un poco de humo gris que se disipó enseguida.

**CAPITULO 6**

**Si estos cinco capítulos de Luciano te han gustado, deja tu información, (teléfono o correo electrónico), y el autor se pondrá en contacto contigo. No descartes la posibilidad de un considerable descuento. No dejes de conocer todo el impresionante drama porque no te pesará, y no podrás olvidar «Luciano» en mucho tiempo.**

**Gracias.**